

**Miguel Ángel Naharro**

**Isabel Ali**

**David Braña**

**Nuria C. Botey & Pablo Castro**

**Pablo López**

**Yolanda Camacho**

# libido máxima

libido máxima

# ALBIS EBOOKS

LIBIDO MÁXIMA, 2012

PORTADA Y DIBUJOS INTERIORES: RODOLFO VALENZUELA

MAQUETACIÓN PORTADA: ANABEL ZARAGOZÍ

MAQUETACIÓN: CARLOS SUEIRO

**LIBIDO MÁXIMA** es un antología de relatos para Albis Ebooks autorizada para su descarga gratuita. Queda permitida la copia y distribución citando la fuente de autoría y no pudiéndose hacer obras derivadas ni usos comerciales.

Los autores conservan todos los derechos sobre su obra .

# INDEX

Una invisible locura por Pablo López.....	4
Dedicado a ti por Isabel Ali.....	21
El laberinto por David Braña.....	25
Una noche extraña por Yolanda Camacho.....	31
El adistramiento de Julia por Miguel Ángel Naharro.....	40
Vecinos por Nuria C. Botey & Pablo Castro.....	48

# una invisible locura

*libido máxima*

por Pablo López

Día 1.

Estaba caliente, acostada en la cama; la sábana solo cubría su vientre y el sexo. La mano se agitaba con ritmo creciente sobre el clítoris y desde su vagina se extendía un reguero de fluido que hacía resbaladizos sus muslos y formaba un pequeño círculo de humedad en el colchón. El sol de mediodía entraba por la ventana calentando sus pies. Se mordió la mano para que ningún vecino escuchara los gemidos a través de las ventanas abiertas.

Su pelo rizado de media melena le cubría la cara, un mechón se había quedado prendido entre los labios ya secos de tanto jadear.

Frotaba sus dedos empapados en el depilado monte de Venus, sus ojos se cerraron pensando que todo el cansancio de un día de trabajo, se le había escurrido entre las piernas.

Una sorpresiva ráfaga de aire dio alivio a su frente perlada de sudor.

Comenzó su descenso al sueño evocando el olor del semen en su nariz. Tal vez había pasado demasiado tiempo sin hacerlo con un hombre, tal vez un mes desde que discutió con su novio.

Los jadeos agitados eran una parte del sueño; pero cuando sus labios se inundaron de semen, su inconfundible sabor y olor la devolvieron a la realidad y un escalofrío de miedo recorrió su piel al tener la absoluta certeza de que un perverso se había metido en su departamento.

Abrió los ojos. No había nadie en la habitación, se limpió los labios con los dedos y observó el grisáceo semen con alarma creciente. Olía especialmente fuerte.

Le sobrevino una arcada y no tuvo tiempo de correr hacia el lavabo, el vómito se estrelló en el suelo salpicando las sábanas. El terror se había apoderado de su ánimo, se sentía paralizada.

—¿Quién anda por ahí? —consiguió gritar.

El teléfono móvil se encontraba en su bolso, en el recibidor; pero recorrer los siete metros de pasillo hasta la entrada era algo que no podía hacer, no creía que sus piernas respondieran.

—Yo. No he podido evitar correrme en tus labios, ha sido una paja genial. ¿Me la quieres chupar, Elsa?

Elsa gritó ante la voz que provenía a medio metro de ella. Se acostó en la cama y se cubrió con la sábana que salió volando de sus manos y la dejó desnuda ante la voz, ante lo que fuera.

—Tienes un coño de oro. Vaya fuente... ¿Cuándo se la chupas a tu novio te empapas las bragas así?





Elsa dirigía su mirada en la dirección de donde provenía la voz. Esperaba, necesitaba encontrar el origen de aquello, que fuera una broma. Un altavoz disimulado. Aunque los restos de semen en su boca negaba esa posibilidad.

—¿Qué eres? ¿Qué quieres?

—Soy un follador invisible. Aunque he de decir que soy el único. Y quiero follarte, hacerte daño y que te orines de miedo. Llevarte a la locura. A unos les toca millones en la lotería y a ti te ha tocado ser mi puta.

Sintió unos dedos deslizarse con fuerza, arañando sus muslos cerrados, no tuvo fuerza para evitar que se hundieran en su sexo. Los dedos invisibles encontraron la entrada de su vagina y se introdujeron en ella. Sintió asco y vergüenza. Sus ojos se inundaron de lágrimas y solo pudo murmurar mil veces un “no” mientras su sexo era hurgado.

Su mano fue forzada a coger algo y con creciente alarma pudo identificar un pene, se veía obligada con dolor a cerrar la mano en torno al invisible bálano y lloró.

La mano abandonó su sexo y acarició sus pechos agitados.

—Acostúmbrate Elsa, tendremos una larga relación.

Tras aquellas palabras Elsa sintió que su oído derecho estallaba de dolor y su mandíbula pareció hacerse enorme. Sintió el sonido de la brutal bofetada como un ruido de acoplamiento en su oído. Se había mordido la lengua y sentía el sabor a óxido de la sangre en la boca.

—La próxima vez no quiero histeria alguna.

Escuchó ruido de pisadas en el pasillo y la puerta abrirse para cerrarse con fuerza.

Aquella presencia se había ido, estaba segura.

No supo que hacer, se metió en el baño y se duchó durante más tiempo del necesario.

Le ardía la cara y hasta bien entrada la noche, en cualquier momento rompía en lágrimas. Cada paso que daba era un miedo a encontrarse con aquello invisible.

Tomó el teléfono para llamar a su amiga, para que alguien le hiciera compañía, y poder contarle lo que había ocurrido. Pero no sabía qué explicar, ni como.

Día 2.

Durante toda la noche tuvo pesadillas y al despertar, deseó con infantil ingenuidad que todo fuera un sueño.

Cuando abrió la librería y se ocupó de su negocio, el miedo fue diluyéndose y el dolor de la cara se hizo más soportable con un par de analgésicos.

La decoración en madera clara de las estanterías y el mostrador, y una buena iluminación la sosegó. Aspiró el delicioso olor del papel. Conectó el equipo de música y una ligera tranquilidad llegó a su ánimo. Como si lo de anoche no hubiera sido real.

Recibió una llamada a su móvil a media mañana.

—Hola Gerardo.

—Hola Elsa. Tenemos que hablar, te echo de menos.

—Ven cuando quieras, yo también te extraño.

—En una hora estoy contigo. ¿Quieres que desayunemos juntos?

—Claro... Te extrañaba mucho.

—Te amo Elsa, en un rato nos vemos.

—Te espero, amor.

Se sintió aliviada, llamó a su hermana.

—Hola Charo, ¿podrías acercarte a la tienda por una hora? Voy a desayunar con Gerardo.

—¿Y cuánto me vas a pagar?

—Puedes llevarte los libros que quieras de Danielle Steel...

—Para que me los lleve me tendrías que pagar más aún. En cuarenta minutos estoy allí.

—¡Qué guapa eres, hermanita! —respondió Elsa.

—No seas lesbiana.

Entre risas se despidieron.

Eran las diez de la mañana y apenas había aún gente paseando por el céntrico barrio donde se hallaba la librería, otros comercios abrían sus puertas más tarde que ella. Le gustaba esa tranquila hora en la que los transeúntes caminaban relajados y se permitían el lujo de dar un repaso de varios minutos al escaparate de la tienda.

Estaba revisando en el ordenador los libros que tenía que recibir. Debía preparar el aparador para un nuevo “best seller” de sectas religiosas que tan de moda estaban. Cuando la puerta se abrió sola, para luego cerrarse.

Los ojos se le hicieron agua, observó su rostro delgado, un tanto andrógino de mandíbulas marcadas y de labios finos, reflejado en la pantalla del ordenador. Se consideraba guapa. Sus ojos grises se

oscurecieron con las lágrimas y el cuerpo se tensó cuando sintió la mano levantar la falda para dejar al descubierto su sexo cubierto con un tanga estampado en piel de leopardo. Intentó salir detrás del mostrador, separarse de esa presencia extraña; pero la mano se cerró en su sexo y otra mano acariciaba sus pechos menudos. La mantuvo contra el mostrador mientras un falo rozaba sus nalgas.

—No me haga daño, por favor...

—Follar no es hacer daño —Elsa sintió esas palabras como un susurro en el oído.

Entonces unos dedos grandes se hundieron en su vagina, sintió la repulsión en el estómago y un incontrolable deseo de vomitar.

—Relájate o te dolerá. Déjate llevar ante lo inevitable, Elsa. Eres mía, mi juguete, mi entretenimiento.

Su pecho le ardía, el jersey se agitaba y arrugaba por la mano invisible que la violaba y el dolor era tan fuerte que temía que le arrancara el pezón. El vómito salió de su boca de una forma explosiva. La carcajada de la boca invisible pegada al oído la llevó al borde de la inconsciencia.

—Mi Elsa... Eres muy delicada. Necesitas más experiencia.

Lo invisible dejó de sobarla y escuchó el ruido apagado de sus pisada dirigiéndose a la puerta. Se quedó sola con su vómito en el mostrador, con el sexo y el pecho dolorido. Su cuerpo era presa de un incontenible temblor. Con dificultad sacó un cigarrillo de la cajetilla que guardaba en un cajón y lo encendió. El humo ocultó el sabor del vómito en su boca. No era consciente de que lloraba.

En apenas diez minutos llegaría su hermana, se dirigió al lavabo, se lavó la cara y se maquilló. El miedo ya estaba alojado en su mente y esperaba a cada segundo que la repugnante presencia hiciera presa de su cuerpo. Y lo que era peor: de su mente y de su voluntad.

Con todo el ánimo que pudo, sonrió frente al espejo y alisó su fino jersey de cuello largo, al hacerlo sintió un fuerte dolor en el pecho. Alzó el jersey y observó un gran moretón que cubría la areola del pecho izquierdo.

Se abrió la puerta de la tienda de nuevo y sintió miedo.

—Buenos días — saludó Charo.

Elsa se dio un apresurado y último arreglo a la ropa para encontrarse con su hermana.

—Buenos días, hermana.

—Vaya cara tienes hoy. ¿Qué hiciste anoche? ¿Qué te hicieron? ¿Cuántos tuviste?

Elsa forzó una sonrisa dándole un beso a su hermana.



—Ojalá hubiera tenido diez; pero me conformé con uno de mi amigo índice —respondió mostrándole el dedo.

—Has hecho las paces con Gerardo. Y vas a desayunar con él, puta. Y cuando vuelva a juntarse con sus amigos para emborracharse viendo un partido de fútbol, volveréis a reñir.

—Bueno, la carne es débil, hermanita y no quiero que mi dedo acabe artrítico.

Elsa puso al tanto a su hermana de las recepciones que esperaba durante la próxima hora y de los clientes que vendrían a recoger sus encargos. Mientras tanto, llegó Gerardo.

Se acercó a Elsa y la besó, para después besar a Charo en la mejilla.

—Desayunaremos en el café Artes, no tardaremos más de un hora —dijo Elsa dirigiéndose al armario para coger la chaqueta de lino y el bolso.

—¿Y para lo otro cuanto tardaréis? —preguntó Charo haciendo sonreír a Gerardo.

—Lo que tarde Gerardo en acabar de leer el diario deportivo.

Las mujeres rieron con complicidad y el hombre tomó un libro de ingeniería agrónoma para ojearlo con interés.

Durante el desayuno estuvo tentada de contarle a su novio los dos encuentros con ese ser. No pensaba en otra cosa, no era fácil de explicar ni para ella misma. Y esas cosas se explican con rebuscadas teorías psicológicas de frustraciones de niñez, una enfermedad vírica o un tumor que oprime el cerebro y provoca alucinaciones.

Charo hubiera creído a Elsa.

Durante esa hora en la que estaba sola, la puerta de la librería se abrió y no entró nadie visible.

Estaba navegando por internet, cuando un brutal golpe en la cara le rompió dos muelas y cualquier tipo de valentía y fuerza que pudiera tener.

Su nariz se sintió violada por el olor de la orina, y su boca se vio forzada a abrirse por unos dedos invisiblemente fuertes. Reconoció el inconfundible sabor de un glándulo sucio y la horrible incapacidad para gritar.

Algo estalló en su vagina: una penetración brutal que la rasgó, sintió la calidez de la sangre empujar sus muslos con la punta de los pies rozando el suelo. Cuatro o un millón de dedos se movían en su vagina destrozándola y haciéndola levitar.

Cuando parecía que iba a desmayarse, que le iba a llegar el descanso, su blusa se rasgó por la nada y su pecho izquierdo desnudo estalló con un dolor insoportable: un mordisco había aparecido de la

nada y presionó fuerte. El dolor más fuerte cesó cuando el pezón se separó de su cuerpo.

Entonces vino la oscuridad y cayó al suelo, tras el mostrador.

—La hermana de la puta es puta, es congénito —decía la voz que salía de un invisible cuerpo llegándole desde muy arriba del pozo en el que se encontraba.

Los abductores de sus ingles parecieron desgarrarse cuando sus piernas se abrieron desmesurada y violentamente, se asfixiaba de nuevo cuando el cuerpo del invisible violador la aplastó y le robó el aire de los pulmones.

Sus ojos se abrieron para observar en el espejo de ojo de pez de seguridad, su cuerpo aplastado por la nada, sus pechos agitados en un coito invisible que le rasgaba lo más profundo: su cordura. Sus ojos se habían cerrado completamente y su conciencia se encontraba soñando con extraños seres que la mutilaban, cuando el espeso semen comenzó a escurrir por su vagina.

No sintió dolor alguno cuando un sujeta-libros de mármol le abrió la cabeza y le siguió golpeando hasta que sus facciones se hicieron deshicieron como cera caliente.

No sintió nada especial al morir, tal vez es lo que quería, había mucho dolor en la vida.

Las llaves de reserva de la tienda y de la casa, flotaron por el aire hacia la salida.

Un cliente encontró el cadáver, entró en el mismo instante en el que el pesado sujeta-libros caía con estrépito al suelo. Declaró que no había nadie en la tienda; pero le pareció haber escuchado movimiento y sentir un roce en el hombro apenas entró unos metros en el interior de la tienda.

Elsa llegó con su novio cuando la policía y otros funcionarios llenaban su negocio. Sufrió un shock y un ataque de histeria. Gritó que había un ser invisible que la estaba acosando, que la tocaba y la maltrataba. Nada de aquello tuvo peso, el forense le inyectó un tranquilizante que tan solo le aplacó los gritos por su hermana muerta. Gerardo la llevó abrazada al banco de madera frente a las estanterías, le hizo tomar asiento sentándose con ella mientras se mecía dulcemente en la narcosis.

La policía y los médicos forenses hacían fotos, esparcían polvo para detectar huellas y tomaron así mismo las de la pareja.

Apenas hubo unas palabras ya que poco se podía decir de lo que era tan obvio. Tan solo los pesames de los funcionarios y los consejos superficiales de un psicólogo al que apenas Elsa podía entender. El miedo se superponía al dolor, temía acabar como su hermana. En algún momento del mediodía se durmió y despertó de noche en su cama. Gerardo estaba a su lado. Sus padres habían llamado por teléfono para interesarse por su estado; pero se encontraban en la comisaría de policía y también bajo

la supervisión del psicólogo.

—Hay un hombre invisible o un fantasma que me golpea y me viola. Él ha matado a Charo.

Gerardo la observó atónito largo rato.

—Descansa, cariño —le dijo abrazándola.

El hombre invisible se encontraba frente a ellos, con una invisible sonrisa, acariciándose el pene y controlando la respiración para no ser detectado.

Día 3.

El follador invisible habla en voz alta ostentando su poder:

La librera es hermosa, y cuanto más miedo tiene, más sugerente y erótica es. Todas las mujeres son así.

Hace dos días la observé a través del escaparate de la librería, me subí a su coche en el asiento de atrás y entré con ella en la casa. Y allí se masturbó ante mí sin saberlo.

Todos los visibles sois iguales. Si fuerais como yo, seríais infinitamente peores.

Lo sé porque cuando os acoso sale lo más oscuro y lo más podrido de vosotros. Vivo entre vosotros, a veces morís conmigo. Enloquecéis a mi voluntad. Os conozco hasta el vómito.

Los juguetes sirven para romperse y vosotros lo sois en mis invisibles manos. Lo tengo todo, no ambiciono poder ni diner, porque tengo ambos. Os tengo a vosotros cada vez que quiero.

Como el cuerpo y lam ente de Elsa. Como he roto a su hermana, sin pudor, con todo mi placer.

Si pudierais ver mi pene ahora goteando junto al perro muerto en el jardín de la casa de millonarios... Espío a la dueña que se masturba con un vibrador más grande que un puño. Gime la puta como su marido jamás ha imaginado, la he condicionado para que cada vez que decida masturbarse, espere mi invisible lengua en el coño.

Y ahora llora porque no se lo lamo. Que sufra.

Cada vez que me place escojo una casa para comer, para dormir, para descansar de esta puta luz planetaria. Mis ojos de transparentes párpados no me dan descanso. Tal vez resida ahí todo mi odio y mi locura; pero los quiero, son míos. Son mi idiosincrasia, mi asesino carisma.

Una vez fui visible; era mediocre. Ahora soy dios y fantasma. Soy una aparición y un diablo.

Solo existo para mis víctimas. Las que sobreviven llevan el sello del terror en su ánimo. Ya no tienen paz en soledad. Se despiertan por las noches temiendo el ruido de mi respiración. Temen oler mi di-

vino pene muy cerca de sus bocas.

Elsa tiene que descansar, no quiero que se suicide, no permitiré que un juguete se me rompa hasta que sea mi deseo. Tiene que vivir, correrse sabiendo que pude morir como su hermana. Quiero que piense que la observo cuando su novio se la folla.

La dejaré descansar unos días, tal vez... No estoy seguro, soy impaciente. Yo no hago esperar el placer ni lo dosifico. Toda mi vida es placer, salvo esta puta luz que me vuelve peligrosamente insano, como si iluminara lo más podrido de mí. De lo que más orgulloso me siento.

El follador invisible escupió en el perro muerto que yacía a sus pies con el cuello roto, y entró en la casa de los ricos, llegó a la habitación de la dueña y con un cinturón de cuero, la golpeó en la vagina hasta que sangró. La señora no gritó, ni siquiera cerró las piernas cuando el cinturón se elevaba en el aire y la azotaba. Llegó a un orgasmo liberador y sintió como alguien le escupía en la cara. Una bofetada invisible, le partió los labios.

—Volveré vieja puta...

—Sí... —respondió sin limpiarse la sangre que manaba de sus labios, acariciando la maltratada vulva.

Día 4.

Había pasado una semana desde que asesinaron a su hermana. Elsa había estado sometida a tratamiento de sedantes y todas las noches durmió acompañada en su casa por Gerardo o bien por su madre. Aunque su madre poco le servía de ayuda, su dolor era como el de ella, solo que no tenía miedo.

El recuerdo del funeral era nebuloso, y lo que más la marcó fue el llanto de su padre. Nunca lo había visto llorar.

Abrió la tienda. La cantidad de correspondencia acumulada durante la semana bajo la puerta la mantuvo distraída hasta que comenzaron a entrar clientes. Fueron demasiados pésames en un día, Gerardo había colocado un letrero en la puerta avisando de que la librería estaría cerrada por defunción.

Al mediodía comió con su novio y le dijo que ya se sentía mejor y quería estar sola esa noche.

—Es muy pronto Elsa, espera una semana más.

—Necesito estar sola, enfrentarme por mis propios medios a los recuerdos y al dolor. Lloraré un poco más; pero no pasará nada. Quiero hacerme fuerte, Gerardo.

Gerardo asintió y le recordó que estaría disponible para ir a su casa a cualquier hora, por muy de



madrugada que fuera.

Estaba preparando una ligera cena a base de ensalada y pescado a la plancha. Había adelgazado un par de kilos.

Tal vez esa cosa que mató a su hermana (no era un hombre por mucho que dijera la policía), se había dado por satisfecha. Tal vez no volviera, no la había sentido en toda la semana.

Solo tomó una parte de la cena; a medida que avanzaba la noche, sentía más miedo y decidió tomarse un tranquilizante.

Se tumbó en el sofá de la sala, con el televisor encendido. Eran las diez y algo de la noche cuando se despertó sobresaltada del sopor en el que había caído.

Le habían lamido los muslos y se sobresaltó cuando sintió caricias en el sexo. El short de algodón estaba húmedo.

—Hola Elsa. ¿Preparada para entrar en la locura por la vía del placer? Es solo acostumbrarse, dentro de unos meses me necesitarás. No te mataré como a tu hermana. Eso solo fue una forma de avisarte de que yo mando y tú obedeces. O mueres, como tú prefieras.

Elsa corrió hacia el baño y se encerró, en el bolsillo del pantalón llevaba el teléfono móvil.

—Sal de ahí, Elsa. Tómate tu tiempo para tranquilizarte, no tengo prisa. Estaré contigo siempre, hasta que me canse. Hasta que tú misma decidas abrirte el cuello con un cuchillo.

Marcó el número de Gerardo.

—¡Gerardo, ven pronto, corre! Hay algo malo en la casa. Es el asesino de Charo.

—¿Dónde estás ahora?

—Me he encerrado en el lavabo.

—No tardo, cielo, aguanta. Ahora llamo a la policía, sé valiente.

—Mala idea, Elsa —dijo el follador invisible pegado a la puerta del lavabo. —Ahora todo se complica para ti.

—Gerardo está muerto ¿lo sabes verdad?

—¿Y la policía también, hijo de puta? —respondió gritando histérica.

—Morirán cuantos yo quiera y crea necesario.

El follador invisible se dirigió a la cocina y tomó un cuchillo de hoja ancha y larga para cortar verduras.

Durante diez minutos hubo un silencio total, tan solo roto por los sollozos de Elsa que se aferraba



al teléfono, como si fuera su refugio.

Gerardo llegó al apartamento, subió a pie los cuatro pisos y cuando metió la llave en la cerradura y abrió la puerta, una voz muy cerca de su cara lo asustó.

—Hola Gerardo. No has tenido suerte.

El cuchillo voló en el aire y el hombre intentó parar el golpe con la mano. Gritó de dolor cuando el metal penetró en la palma de la mano hasta herir los tendones. Luego no tuvo reflejos ni fuerzas para evitar que se clavara en su vientre, cuando se agachó para llevarse las manos a la profunda herida, el cuchillo cortó su carótida izquierda y con ello el flujo de sangre al cerebro. Una sirena se aproximaba sin que le sirviera de consuelo.

Gerardo murió con medio cuerpo dentro de la casa, no tuvo tiempo de entrar.

Elsa permanecía en silencio, con la oreja apoyada en la puerta.

Solo escuchó caer algo metálico en el suelo. La policía llegó tres minutos más tarde, cuando la sangre que manaba del cuerpo de Gerardo se extendía por el corredor de la planta y dentro del apartamento.

El follador invisible, se había dirigido silbando a la habitación de Elsa y se estiró en el suelo, al lado de la cama.

La policía subió corriendo por la escalera. Un agente se asomó a la entrada del apartamento con el arma en alto, cubierto por su compañero. Se detuvo un momento para tomarle el pulso en el cuello a la víctima. No había.

Pasaron por encima del cuerpo sin prestarle más atención.

—¡Policía! Si hay alguien en la casa que se identifique y aparezca con las manos en alto.

—Soy la propietaria, por mí les ha llamado mi novio —gritó Elsa. —Estoy en el lavabo ahora salgo.

Los agentes apuntaron hacia la puerta, cuando vieron a la mujer y observaron que no llevaba nada extraño en las manos, la dejaron de apuntar con las armas.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —le preguntó el agente rezagado.

Su compañero inspeccionaba el resto del departamento, habitación por habitación.

—Llamé a mi novio para que viniera a ayudarme, sentí miedo porque hace una semana asesinaron a mi hermana. La misma cosa que me sigue y ataca.

El agente la llevó hasta la puerta y le mostró el cadáver de Gerardo

—¿Este es su novio?

La mujer rompió a llorar.

—No hay nadie en la casa. Voy a llamar a los de homicidios y al juez —dijo el otro agente desde el pasillo.

—¿Me puede aclarar que es ese “algo o alguien” que la acosa.

—Es un hombre o un espíritu, algo invisible —dijo sintiéndose ridícula de oírse a si misma.

—Siéntese en el salón y descanse —dijo el policía dulcificando su tono de voz.

Elsa estaba despeinada, la camiseta del pijama mojada de lágrimas y todo su cuerpo temblaba. Era una mujer desquiciada. El agente pensó que sería mejor no preguntarle nada más hasta que se calmara.

Se dejó caer en el sillón del salón sin dejar de llorar. El agente tomó asiento frente a ella sin quitarle un ojo de encima, su compañero salió al corredor de la escalera para esperar a los investigadores. Antes de que sus ojos se cerraran llevada por la repentina calma que reinaba en la casa, observó ya sin asombro, como una de las manzanas que adornaban el centro de mesa, flotaba encima de la cabeza del policía. No tenía gracia y durante los cinco minutos que tardó el resto de personal en llegar a su casa, pudo dormir.

Le tomaron las huellas de pies y manos.

La agente Lidia la interrogó y Elsa se escuchó a si misma hablar de fantasmas y de seres invisibles. La funcionaria le aconsejó que se vistiera porque estaba al llegar una ambulancia. Iba a pasar la noche bajo vigilancia médica. Apenas se hubo vestido con una camiseta oscura y unos vaqueros, un paramédico entró en la casa para llevarla a la ambulancia.

—¿Adónde me llevan?

—Vamos al hospital forense para que la examinen y le den algo para esos nervios, Elsa. Llame a su familia, para que sepan donde se encuentra, es probable que pase toda la noche allá.

Marcó en el teléfono del salón el número de la casa de sus padres y les dijo que la iban a llevar al hospital psiquiátrico porque había tenido una recaída anímica y se encontraba angustiada.

Durante el trayecto hasta el vehículo ninguno de los dos habló.

—Es mejor que se estire en la camilla.

Elsa obedeció sin decir palabra y el sanitario subió a la cabina con su compañero tras cerrar la puerta.



El hombre invisible le acarició los pechos, los pezones se le erizaron por el miedo y gritó que estaba ahí, con ella: el asesino invisible.

Lo podían tocar si querían, si la creían.

El enfermero abrió la ventanilla interior, e intentó tranquilizarla haciéndole ver que no había nadie más allí. No prestó atención a sus pechos que se agitaban de forma extraña como si la atmósfera los exprimiera.

El follador invisible rió brevemente provocando cierta sorpresa en el hombre; le sorprendió esa extraña risa que no tenía nada de femenina.

En el hospital fue sometida a análisis de sangre y orina para detectar drogas, cuando los análisis dieron negativo, el Dr. Viñas le inyectó un tranquilizante y se quedó dormida en la cama de aquella tranquila planta de hospital donde había más personas sospechosas de asesinato.

En medio de aquel narcótico sueño, con la calma que otorgan las drogas, soñó con su hermana muerta y abrió las piernas a los dedos que se revolvían en su coño. Gerardo le decía que no había sido su día, y se cortaba el cuello con tristeza. Ella abría la boca ante un pene que presionaba en sus labios haciéndole daño. Se abandonó al sueño y se abandonó a lo que ocurría fuera de ella, en su cuerpo. Las imágenes de tristeza y horror se diluyeron con un placer creciente de un ultraje que su drogada voluntad no podía combatir. Abrió las piernas y de su sexo manó un abundante fluido. Fue penetrada salvajemente sin dolor, y el ano le ardió de una forma extraña, el dolor no era importante, era nuevo allí abajo. Un orgasmo la arqueó como una convulsión mostrando su vagina abierta a nadie, solo a él. Dilatada por algo alojado dentro que no se podía ver. El hombre invisible desapareció dejando un beso en sus labios.

—¿Ves Elsa? Es mejor gozar que temer. Te veo pronto, descansa.

En el pasillo, una enfermera lanzó un grito de sorpresa cuando sintió que su sexo era acariciado bruscamente bajo el uniforme, la bandeja con medicamentos cayó al suelo. El policía que vigilaba la entrada de la planta la miró con curiosidad.

—Perdona, me he doblado el tobillo, Ramón —dijo con rubor la mujer.

El hombre invisible abandonó el hospital para ir a descansar a casa de Elsa.

Día 5.

El traficante fumaba un porro de hachís, observando a las putas exhibirse en la calle, era noche de

jueves y hasta el domingo a la tarde, iría creciendo la cantidad de gente paseando por el barrio chino. Se acercó una pareja de jóvenes y le pidieron algo de “costo”, el traficante miró a lo largo de la calle y con un gesto se hizo seguir hasta los servicios del bar frente al que se encontraba, los dos jóvenes le siguieron en silencio. El dueño del bar, aburrido tras la barra, pareció no verlos ni les devolvió el saludo.

—Esperad aquí —les ordenó el traficante.

Los dos jóvenes esperaron en la zona de lavabos. El traficante entró en uno de los inodoros y cerró la puerta tras él. Con ayuda de una pequeña navaja extrajo un azulejo y sacó una bolsa de plástico con varias barras de hachís envueltas en papel de aluminio, guardó de nuevo la bolsa y tapó el escondrijo con el azulejo.

—Cincuenta —les pidió con la droga en la palma de la mano.

Los jóvenes le dieron el dinero y se marcharon rápidamente.

Guardó el billete en una bolsa de plástico que llevaba dentro del zapato derecho y se observó en el espejo.

Poco tiempo se observó, porque algo le agarró por la nuca y le golpeó la cara contra el espejo. Al romperse, le hizo un profundo corte en la nariz.

—Ahí solo hay hachís. ¿Dónde guardas la heroína?

No sabía de donde venía la voz, y tampoco estaba en condiciones de buscarla, el golpe le había cerrado los ojos por un edema enorme y la sangre que manaba de la punta de su nariz casi partida en dos, se le metía en la boca.

—¿Estás loco o qué? —dijo casi en un llanto.

Intentaba buscar a través de la rendija de los ojos el bulto de quien hablaba; pero no veía nada excepto las sucias puertas de los inodoros.

Otro fuerte golpe en la mejilla lo hizo caer al suelo, luego hubo una patada en las costillas y un crujido. Sintió un intenso dolor al respirar. Escupió sangre.

—La heroína, la quiero ahora.

—No tengo heroína...

Sus labios estallaron y se convirtieron en pulpa, un incisivo se había roto y se olvidó de los dolores anteriores para concentrarse en ese.

Su navaja había caído en el suelo y entre la bruma de lágrimas y sus apenas operativos ojos, le pareció que un gordo insecto se acercaba a su rostro. Sintió un fuerte pinchazo en el ojo izquierdo. El



dolor se acumulaba.

—Está en el último cagadero, en la misma pared, a la misma altura.

Al cabo de un par de segundos oyó romperse un azulejo al caer al suelo y pensó en los cinco mil euros que ya no sacaría de aquel alijo.

—Hubieras muerto con menos dolor si hubieras hablado antes.

La mano invisible lo aferró por su larga melena de heavy y lo obligó a levantarse. Esa misma mano fue la que impulsó su cabeza contra el borde del lavabo. Fue un primer crujir de huesos que le llenó de luz el cerebro. Al segundo estaba muerto, y los otros tres fueron gratis. El cerebro resbalaba por la porcelana para caer en su cara destrozada.

El follador invisible salió del bar, y se tropezó con el dueño del bar que se dirigía al lavabo para saber que hacía el camello tanto tiempo allí metido. No le gustaba que se colocaran en el servicio, bastante riesgo corría con permitir que se trapicheara allí. A pesar de la buena pasta que sacaba al mes.

La bolsa flotaba por la calle, y pocos prestaron atención a ello. Y quien lo hizo no dio crédito a sus ojos.

Tras cuarenta minutos llegó a casa de Elsa, guardaba las llaves en la puertecilla de una farola frente al edificio.

Elsa había sido dada de alta del hospital al mediodía del día siguiente, su padre la esperó desde la madrugada. La dejaron salir entre otras cosas, porque sus huellas no coincidían con las del cuchillo que se usó para asesinar a Gerardo. Estaba fuera de sospecha y dejaron que su locura se calmara en casa con unas cuantas pastillas.

Se encontraba durmiendo de nuevo, cuando sintió la puerta abrirse, para después cerrarse con demasiado cuidado.

Encendió la luz de su mesita y en ese momento entró en la habitación una bolsa blanca y con ella, la respiración profunda del invisible.

—Déjame, por favor. Ya no puedo más, mátame si quieres. Ya no lo soporto.

No tenía miedo, solo era desesperación.

—No quiero, Elsa. Eres mi juguete y quiero usarte hasta que te gastes. ¿Sabes que fue muy satisfactorio follarte en el hospital con ese colocón que llevabas de tranquilizantes? Vamos a hacerlo más fácil para ti y para mí —le mostraba la bolsa balanceándola ante sus ojos.

—Sobre todo, no te muevas, no te resistas o te daré tal paliza que solo yo accederé a mirarte a la



cara porque serás mi obra.

—¿Qué quieres ahora? —le increpó desafiante Elsa.

Recibió un fuerte puñetazo en el monte de Venus, cayó de la cama hecha un ovillo de dolor.

El follador invisible la ayudó a tenderse de nuevo en la cama, se vio en el espejo del armario levitar colgada de los brazos del invisible.

Observó como una goma se cerraba y apretaba fuertemente en su brazo para hacer torniquete, entonces la hipodérmica se hundió con brusquedad en la vena de su codo.

Tras un minuto de combatir contra lo que le había inyectado, su mente se relajó, sus piernas se abrieron siguiendo las indicaciones del invisible. Y su vagina agradeció la lengua que la lamía enviándole placer por la piel como hacía tiempo que no sentía.

Se sentía relajada y sin miedo. Chupó con placer el glande que presionaba en sus labios y miraba divertida su reflejo en el espejo haciendo una extraña mamada invisible.

Se dio la vuelta y el dolor del ano invadido pasó a convertirse en un mortificante placer. Solo quería gozar, no más miedo. Que no le pegara más.

El invisible eyaculó en sus pechos y se quedó dormido junto a ella. Elsa no dormía, alucinaba.

Día 10.

Elsa ha cerrado una hora antes la librería. Está ansiosa, le sudan las palmas de las manos y tiene comezón en la vena del brazo. Fuma un cigarrillo tras otro esperando que la puerta de la casa se abra.

—Estoy aquí, he estado aquí todo el tiempo.

Elsa giró hacia la voz y movió la mano en el aire, buscando el pene invisible. Lo encontró, estaba lacio. Sabía lo que tenía que hacer.

Se arrodilló y se lo metió en la boca. Succionó hasta que se hizo duro y le molestaba.

El follador invisible le inyectó su quinta dosis de heroína y ella se dejó caer en el sillón con las piernas abiertas, desnuda.

—Dame placer —dijo en un susurro apenas audible.

Sintió dolor cuando le mordió los labios de la vagina y sintió la cálida sangre manar. No se quejó, suspiró sumergiéndose en la inconsciencia.



Día 80.

Elsa cerró la librería definitivamente. El follador invisible le traía la comida y pagaba los gastos de la casa con dinero robado.

Pesaba quince kilos menos y las venas de sus brazos estaban casi podridas de tantas inyecciones. Tenía la regla y dejaba que la sangre corriera libremente por sus piernas y por el suelo. Había perdido los cuatro incisivos superiores.

Pasaba los días adormilada hasta que el invisible le inyectaba su dosis y la follaba.

Follar y dormir...

Día 90.

El follador invisible ante el cadáver:

Noventa días, es lo máximo que me ha durado nunca un juguete. Hubiera podido dejar que viviera alguna semana más; pero me aburría. Por otra parte, las yonkis no la chupan con alegría; son como putas que hacen su trabajo. Le he inyectado una sobredosis para que no sienta más dolor ni el peso de una vida de mierda salpicándole todos los días. Le he rajado el vientre y le he follado las tripas mientras agonizaba.

Es repugnante como llegan a degenerar los cuerpos. Mis juguetes...

Ahora tengo un juguete más joven, de dieciséis años. Es la hija de un alto funcionario de gobernación. Ya he matado a su madre tirándola por la ventana de un décimo piso. Hay un ambiente penoso en la casa. Yo seré la alegría de la niña. Y su padre también se ha de suicidar. Hay que proporcionar todo el dolor posible en el menor tiempo.

Aunque no quiero que me dure tanto. En la variedad está el gusto ¿verdad?

Y por otra parte, la carne tierna es mucho más apetecible.

Yo no le pido nada a los reyes magos soy dueño de todos los juguetes, de vosotros.

Me adoro.

dedicado a ti

*libido máxima*

por Isabel Ali

**E**s bella, pero tras su belleza hay algo más profundo e inexpugnable: un halo de hembra tierna dispuesta a entregarse por completo. Ahora comprendo por qué la amas tanto: un fuego oculto la recorre de los pies a la cabeza y sus pupilas confiesan que es salvaje y franca.

La sentí ahogada de deseo apenas cruzó la puerta. Lo traía planeado. Era fácil descubrir sus intenciones tras la estela de perfume que dejó al andar por el pasillo y la lencería morada que asomaba desde la profundidad de su escote. Aún así, aún exhibiéndose ella y susurrando melosa como una gata, me mantuve al principio a la defensiva. Su visita no pronosticaba otra cosa que una conversación dedicada a ti y prefería que eso no ocurriera.

Me imaginaba preparando café y oyéndola hablar de los años de matrimonio, de los bonitos hijos que le has hecho y de la vida perfecta que comparte contigo, mientras yo fumaba un cigarrillo tras otro tratando de disipar en humo los pensamientos. De ser así, me tocaba callar y escucharla, asentir cada tanto sin delatarte. O traicionarte y relatarle que en tu lista de cómplices de aventuras no ocupó un lugar primordial. Pero contrariamente a estos augurios, ella venía a otra cosa: venía a por tu Ornella, venía a por mí.

Seguro no creerás que tomó la iniciativa y no me dio tiempo a ofrecerle el café, pero es cierto. Se lanzó sobre mi boca como si fuera a devorármela y me empujó hasta el dormitorio sin darme oportunidad de reaccionar y sin haber dicho ni una sola vez tu nombre. Su actitud cobró fuerza por sobre mi estupor. Se quitó la ropa meneándose en torno mío y se echó sobre las sábanas, abierta y decidida. Sus manos envolvían sus propios senos y unos gemidos entrecortados me invitaban a unirme a su boca. Por un instante, la sorpresa me mantuvo inmovilizada. Al fin, me pregunté por qué negarle lo que parecía necesitar tanto si, además, cabía la posibilidad de que también a mí me hiciera feliz.

A pesar de saber que es tu mujer —aunque, pensándolo bien, el hecho de que lo fuera avivó mi deseo— fue un regocijo arrojarme entre esos brazos que me invitaban a pasar un buen rato y disfrutarla a tus espaldas, engañarte como tú la has engañado tantas veces. Entonces quise verla con tus ojos y me gustó. Supongo que a ti también te seducen sus pies de uñas pintadas, sus rodillas suaves tan bien depiladas como las mías; y te agradan sus glúteos blancos, su ombligo en el que mi lengua anduvo buscando sensaciones nuevas. Me estimuló la diferencia de color de nuestras pieles, mi mano aceitunada sobre su hombro nacarado, mi pubis azabache rozando los vellos de su monte de Venus sembrado de trigo dorado.

Al principio, su cuerpo tenía gusto a venganza, mordí sus pezones y lamí sus muslos. Rodamos



enredadas en la sábana y continué besando su cuerpo hasta sentirla temblar sobre la alfombra. Para entonces, estábamos tan excitadas que lo único que me importaba era tenerla entre mis piernas, de la misma forma en que, cada tanto, te tengo a ti. Su lengua se perdía entre mis pliegues, dilatándose. Pero, tras el primer éxtasis, me di cuenta de que para ninguna de las dos era suficiente. Necesitábamos más, te necesitábamos aunque ninguna te nombrara. Arrodillada en el suelo y con el torso sobre la cama, me parecía ver tu sombra dibujada sobre la pared de enfrente, como si estuvieras tras de mí a punto de meterte en mis entrañas. Callé el inútil pedido de que me penetrara con la misma fuerza con que tú lo haces, pero no pude borrar de mi mente ni la súplica ni la fantasía de tu sexo erguido y húmedo.

Entonces alcancé de ver de soslayo su cartera entreabierta y, asomando por sobre su contenido, el envase del desodorante. Sonreí sospechándolo frío y tieso y, aunque de antemano supe que era más angosto y corto que tu erección, sentí que podía servirnos para reemplazarte. Aún con el corazón saliéndose por entre las costillas y el deseo nublándose, temí hacerle daño y decidí probarlo primero conmigo.

Me trepé a la cama y separé las piernas para mostrarle como entraba y salía. Ella jugó besándolo, lamiéndolo, empujándolo con sus labios para enterrármelo más profundo. Sosteniéndolo con la mano mientras su lengua continuaba masajeándome. Después, fui yo quien lo hundió en su interior hasta hacerla aullar de gozo, con movimientos que imitaron tus embestidas. Consagré a tu nombre cada uno de sus orgasmos, mientras la sentía quebrarse por dentro. Dispuestas ambas a erigir un altar para nuestro fetiche, que pasó por debajo de la ducha junto con nosotras y volvió para dormir entre las sábanas, nos prometimos ir juntas pronto de paseo por el sex-shop y conseguir algo más adecuado y excitante.

Cada tanto me preguntaba si contigo sería igual, si te diría las mismas palabras que me soltaba al oído mientras estaba acariciándola. ¿Y tú? ¿Sentirás con ella lo mismo que sentí yo? ¿Te quedará en el pecho esta misma sensación que me sacude ahora luego de una noche entera a su lado? Este sabor a mujer entre los dientes y la lengua, que no se quitó ni refregando mis labios contra los de ella. ¿Y si te enteraras? ¿Qué escándalo, verdad? Si supieras que la tuve porque prácticamente la arrojaste sobre mí, porque siguió tus pasos y vino en busca de tu mismo pecado. No pienso dejar que esto se acabe. Ahora, no me alejaré de ella aunque te enteres.

Duerme. Estarás acostumbrado a verla exhausta, con su cabello rubio revuelto sobre la almohada y el





pecho latiendo suavemente. La tentación de besarla me subyuga: sus labios apenas se entreabren, mi lengua los recorre en una caricia lenta. Cuanto más la miro, cuanto más recuerdo nuestros cuerpos encendidos de placer hace unos minutos apenas, menos comprendo por qué la engañas...

Con certeza ella lo sabe y por eso es que vino.

En la mañana te llamaré para saber con quién te fuiste en este viaje de negocios. Yo creía que viajabas con ella y ella, al llegar aquí, descubrió que no viajaste conmigo. Eso sólo quiere decir que hay alguien más. Sí, te llamaré para asegurarme de que no estás solo y, una vez segura de eso, me sentiré libre de la culpa de haber pasado una noche fabulosa a tus expensas: la primera de muchas más.

# el laberinto

*libido máxima*

por David Braña

Miriam se halla en un laberinto de espejos. Es un lugar en el que refugiarse, en el que buscarse a sí misma y encontrarse de diversas maneras. O eso decidió pensar al no recordar cómo había llegado allí. En su rostro se dibuja una sonrisa al verse achatada y gorda o alta y extremadamente delgada. No recuerda porqué está allí y no le importaba. Se divierte en ese laberinto de espejos con centenares de ojos mirándose a sí misma. De repente, nota que su entrepierna se moja. Está muy excitada y la idea de verse desnuda lo aumenta más. No parece haber nadie cerca, no se oye ningún ruido, todo parece indicar que esta sola. Así que se quita con cierta impaciencia la ropa y deja su cuerpo tapado con el sujetador y las braguitas. Tiene un pecho prominente y un cuerpo trabajado en el gimnasio. Sus ojos verdes y el pelo negro azulado, junto a su casi metro setenta de altura, la hacen sentirse satisfecha y muy segura cuando estaba desnuda. Su filosofía sexual era sencilla: «folla todo lo que puedas mientras puedas». Le gusta disfrutar del placer del sexo con un hombre distinto cada semana, cada día si surge la ocasión. Y la ocasión surgía si ella quería. Sabe que la mayoría de los hombres y mujeres la definirían como una puta o una zorra. Pero también sabe que la mayoría de hombres y mujeres desean besarle sus carnosos labios y lamer sus aterciopelados pezones, así que le importa una mierda lo que piensen esos hipócritas reprimidos. En su cabeza resuenan aún los gemidos de placer que dejó escapar sin ningún complejo la última vez que echó un polvo, hacía ya dos días, demasiado tiempo. En la entrepierna aún siente el placer de aquella enorme polla caliente que la follaba con fuerza. Los recuerdos la ciegan, sus ojos abiertos observan fijamente el reflejo del cuerpo imposible en uno de los espejos, pero no se ve... solo siente sus cuatro dedos introducidos en el húmedo coñito y se dejaba llevar... Pocas mujeres eyaculan cuando alcanzan el orgasmo; es algo que a los hombres les gusta aunque algunos se habían sentido incómodos al ser regados por el flujo vaginal, mientras hundían la cara en su entrepierna Miriam era una de esas pocas mujeres.

Los dedos comienzan un ritual de sobra conocido para ella, una vez dentro no quieren salir y la parte superior de la palma de la mano masajea el clítoris hasta que el movimiento rítmico. Dedos abriéndose camino sin piedad en su interior y palma de la mano frotando su pepita del amor, la lleva al éxtasis más absoluto. La boca se abre, su rostro se contrae, el cuerpo tiembla y cuando lo siente llegar, saca los dedos y el placer se muestra. El espejo que tiene ante ella recibe el orgasmo y, en unos segundos, la calma total. La respiración de Miriam se acompasa, abre los ojos y deja florecer una nueva sensación: la felicidad. Luego acerca sus dedos a la boca, aún húmedos, y los introduce despacio. Primero uno, luego otro, hasta que ha lamido y saboreado los jugos prohibidos, el manjar de los dio-

ses. Vuelve a estar excitada, demasiado tiempo sin una buena polla entre sus manos, en sus labios, entre sus piernas. Se mira en el espejo, los pechos ahora son estrechos, su cintura es imposible que sostenga el peso de la cabeza y el tronco, las piernas aplastadas y deformes. De pronto el reflejo desaparece y es sustituido por algo parecido al vapor después de una ducha de agua caliente. El espejo empañado le impide ver lo que hay al otro lado. Coge sus braguitas del suelo y las pasa por el espejo hasta dejarlo limpio y seco de nuevo. Pero ya no es ella la que está al otro lado, sino un joven desnudo de torso y abdominales marcadas, con la cabeza rapada por completo. Todo su cuerpo carece de pelo, incluida su entrepierna, de donde cuelga un protuberante y erecto pene. El joven se acerca cada vez más hacia Miriam, hasta chocar con el espejo, el cual estalla en mil pedazos cuando la polla erecta lo atraviesa sin contemplación. Los cristales se convierten en nubes de algodón que impactan contra el cuerpo de Miriam, llenándola de azúcar y haciéndola aún más apetecible si cabe. El joven continúa caminando hasta quedar en pie delante de ella. Ambos se miran, sin decir nada, no es necesario. Ambos desean lo mismo. Miriam se arrodilla y acerca su boca al miembro viril de enorme y sonrojado glándula, despoblado de todo tipo de piel. Lo roza con la punta de la lengua, centrándose en el orificio de salida, imaginándose ya el semen caliente empapando su rostro e introduciéndose en la boca. La imaginación la excita más que la realidad, la cual a veces resulta muy aburrida. La lleva a lugares secretos y oscuros, a mundos mágicos, a situaciones excitantes. Después de los preámbulos en los que su lengua ha hecho un reconocimiento del terreno, decide atacar. A veces follar es como una batalla. Dos cuerpos utilizando sus mejores armas para caer exhaustos, ninguno de los dos quiere perder, lo mejor para ambos es acabar en tablas, que el último gemido sea al unísono para luego darse por vencidos y reconocerse derrotados. La polla del joven entra despacio en la boca de Miriam, con sumo cuidado se abre paso hasta el fondo de su garganta, quedándose allí dentro unos segundos. La boca de ella está llena de polla, las lágrimas en sus ojos empiezan a florecer a causa del esfuerzo, luego, despacio, se retira, liberándola y dejándola llena de saliva. Por un momento, Miriam se queda mirando esa enorme herramienta de carne, luego se lanza de forma un tanto salvaje sobre ella de nuevo y empieza a “comérsela” con cierto frenesí. La mamada es tan impresionante que el joven, aunque con experiencia en el sexo, no consigue aguantar mucho hasta llegar al orgasmo. El semen fluye desde el interior de los testículos hasta la garganta de ella, la cual no separa su boca en ningún momento, tragándose hasta la última gota. Luego, sin demora, él se retira y una potente luz se proyecta en todos los espejos, convirtiendo el laberinto en una especie de estrella con un ángel en su interior, desnudo y perdido, cubierto



de azúcar y con aliento a esperma. Miriam consigue vestirse con los ojos semicerrados. La luz es tan fuerte que apenas consigue abrirlos, pero poniendo su mano derecha sobre las cejas, a modo de visera, emprende la marcha hacia alguna salida. Camina durante unos minutos, dejando tras de sí reflejos del pasado, dibujando reflejos del presente, anhelando reflejos del futuro. Continúa hasta que, de pronto, la luz cegadora desaparece y se hace una densa oscuridad. Miriam rebusca entre sus bolsillos, está segura de haber salido de casa con un paquete de tabaco y un mechero. Es curioso, recuerda con claridad ese detalle nimio, pero no es capaz de recordar algo tan importante como donde reside. Encuentra el mechero en su bolsillo izquierdo y, después de varios intentos, consigue encenderlo. Justo en el momento en el que encuentra ante sí una bifurcación en el camino: izquierda o derecha. Cae en la cuenta de que ella es zurda, así que decide seguir por el camino de la izquierda. No deja de hacerse preguntas, mientras la tímida llama del mechero se mantiene impasible, señal de que no hay corrientes de aire allí donde está. Apenas ha caminado cien metros, cuando algo húmedo le roza la mejilla derecha. No ha podido ver qué era, pero no necesita hacerlo, sabe con absoluta certeza que era una lengua. Antes de que pueda reaccionar, otra lengua lame su cuello, luego otra lame sus labios... Las lenguas dan paso a las manos, distintas manos comienzan a sobar a Miriam por todo su cuerpo, arrancándole la ropa de forma salvaje. El mechero le cae de las manos y la oscuridad la acoge en su seno. Una oscuridad de formas ocultas, lenguas libidinosas y manos fuertes que la manejan a su antojo. Está totalmente desnuda, suspendida en el aire por unas manos que la sostienen por los glúteos, mientras otras se introducen en su boca, en su ano, en su sexo, de nuevo húmedo, mojado, empapado de flujos. Miriam enloquece de placer. Toda ella desprende una electricidad interior que termina en su cerebro, recibiendo descargas de placer continuadas que casi le hacen perder la consciencia. Al terminar de gemir y retorcerse como una poseída, es depositada en un suelo duro y tibio, pero antes de que pueda relajarse, siente algo sobre su rostro. El aroma y la humedad no dejan lugar a dudas: es un coño que espera a que su lengua lo explore. Y así lo hace, lame todos los rincones de ese jugoso coño, saboreándolo con el aliento entrecortado y el corazón palpitándole a gran velocidad. Con la punta de la lengua le dedica un momento a solas al clítoris protuberante. Lo curioso es que no oye ningún tipo de gemido salvo los suyos propios, pero sabe que la otra mujer está disfrutando. No la ve, no la oye, pero la está saboreando y nota como su cuerpo se pone rígido, esperando la visita del placer. Recorre los labios vaginales como si fuesen un camino de dulce miel y entonces siente que algo o alguien también le hace una visita a su zona más íntima. Es otra lengua, que de alguna inexplicable forma, imita todos los mo-



vimientos que Miriam hace con la mujer que está sentada sobre su cara. Como si ella misma se estuviese dando placer oral. Miriam conoce muy bien su cuerpo, sabe muy bien lo que quieren que le hagan o lo que ella misma se haría, así que ahora disfruta el doble comiéndose el delicioso coñito que tiene en su boca. El final vuelve a ser un clímax descomunal, precedido de espasmos y una eyaculación continuada durante casi medio minuto. Luego, el silencio durante varios minutos. Paz y tiempo para meditar. Su ropa está junto a su cuerpo, alguien la ha puesto allí. Quieren que se vista. Y así lo hace. Pero no está su mechero y es imposible, a no ser que seas un gato, caminar en una oscuridad tan absoluta. Entonces, como si alguien leyese su mente, se hace de nuevo la luz. Una luz tenue, acogedora, de un color salmón que transmite calor. Miriam camina, exhausta, temblorosa, satisfecha, desorientada... Se siente de tantas maneras que no le es posible saber cómo se siente. Solo quiere caminar y encontrar una salida de ese extraño lugar, de ese laberinto de sensaciones y preguntas sin respuesta. Y así ocurre, ante ella aparece una puerta. Es de lo más normal: de madera barnizada, con un pomo dorado redondo. Una puerta cualquiera en un lugar único. Miriam coge el pomo y lo gira hacia la izquierda. Al abrirla se encuentra con un bosque. Con árboles altos, de copas frondosas y verdes. El suelo está cubierto de fríos cristales y los pájaros bostezan entonando hermosos cánticos. Miriam sigue sin entender... Lo que ahora sabe con certeza es que está muy cansada y que le pesan los párpados demasiado para poder sujetarlos. Quiere, necesita, dormir. Y casi lo hace de pie si no es porque una voz a su espalda le obliga a abrir los ojos súbitamente.

—¡Miriam —es la voz de un hombre joven. Ella se gira con cierto sobresalto y se encuentra con un joven de veintitantos, cubierto con una bata y con rostro que también refleja agotamiento.

—¿Qué...? —pregunta Miriam sin saber muy bien qué quiere preguntar.

—¿Adónde vas? ¿Quieres coger una pulmonía? ¡Ahí afuera estamos a cero grados!

—¡Es que... ! —Miriam sigue sin estar segura de lo que quiere decir y hacer.

—¡Venga, vámonos a la cama —el joven pasa su brazo derecho sobre la espalda de ella, abrazándola e invitándola a que lo acompañe.

—Sí... estoy agotada.

—No me extraña. Nos hemos metido de todo y después menuda orgía hemos montado.

— Pues que bien, porque no me acuerdo de nada...

—No te preocupes, preciosa. Eso tiene solución.

Y ambos se pierden en un laberinto de pasión y sexo del que quizás no consigan salir esta vez.





# una noche extraña

*libido máxima*

por Yolanda Camacho

La masa de siluetas oscuras oscilaba al ritmo de la voz de Robert Smith, y yo me hundía en las profundidades abismales del sofá de cuero desvencijado que se medio ocultaba en una esquina del local.

En el centro de la pista, rodeados de gente pero extremadamente visibles, bailaban Sara y David. Él era con diferencia el chico más guapo de todo el local (y no me hacía ninguna falta hacer la comprobación con mis propios ojos; simplemente sabía que era así), y, además de eso, tenía el aspecto más extraño. Ella, Sara, era (también sin lugar a dudas) la chica más zorra del local.

Ambos eran mis amigos. Lo eran desde hacía tiempo, aunque entre ellos se acabasen de conocer esa misma noche.

Yo, de un modo que hasta ese momento había considerado casi inconsciente pero que no lo era en absoluto, había hecho lo posible para que no coincidieran. Sabía que David era extremadamente promiscuo (además de extremadamente perverso), y que Sara también lo era. Y estaba segura, de un modo que no dejaba lugar a equívocos, que en el preciso instante en el que coincidiesen surgiría una conexión instantánea que me convertiría a mí en un cero a la izquierda. En efecto, se habían conocido hacía apenas tres horas y ya había pasado un buen rato desde que empezaran a hablar de esposas, mordazas y cera caliente. Yo, desde la virginal inocencia de mis diecisiete años, me había hecho invisible desde ese momento, y ahora no parecía haber gran cosa que yo pudiese hacer para cambiar la situación.

No es que yo fuese realmente inocente, aunque si lo pienso ahora tal vez lo era más de lo que pensaba. El sexo era algo que me interesaba, con lo que fantaseaba. Pero mis experiencias al respecto aún habían sido más bien escasas, y yo todavía soñaba con perder la virginidad con una suerte de caballero andante (siniestro, eso sí, porque ése era mi rollo), romántico y considerado. No podía entender que Sara, con apenas un año más que yo, fuese capaz de acostarse con prácticamente todo bicho viviente. No lograba comprender de qué modo se había acostumbrado al sexo como quien se habitúa a los cereales del desayuno: algo normal y siempre presente y que se puede conseguir prácticamente donde te dé la gana.

David era, y no sólo por sus gustos, un personaje sumamente oscuro. Era extraño y enigmático hasta lo impensable, y también bastante depresivo. Al margen de eso, bebía muchísimo, y probaba toda droga que caía en sus manos, y el resultado final era una actitud en extremo indiferente ante casi todo, y tan temeraria que a veces rozaba lo abiertamente destructivo. Además, sí, era muy perverso,



y se follaba a toda tía (y en ocasiones tío) que tenía a mano. Yo sabía que, al margen de ello, era una persona con la cabeza llena de cosas que valía la pena conocer. Por eso supongo que me gustaba tratarlo al margen de sus perversiones. Y por eso imagino que no había querido hacerle coincidir con Sara, porque sabía que ella llamaría su atención de un modo absoluto, por encima de mí y del resto del mundo.

Y, en realidad, no se trataba de que yo le quisiese sólo para mí. No me gustaba, al menos de un modo romántico. Su cuerpo delgado y de palidez luminiscente me resultaba atractivo del mismo modo en que resulta atractivo todo lo prohibido: me daba morbo su carácter extremadamente sexual, pero también sabía que yo no era así, y además no quería ser así, por lo que dicho aspecto de su persona siempre quedaba, teóricamente, fuera de mi incumbencia. Y esa certeza de que jamás podría acercarme a él en ese aspecto me llenaba de inseguridad, justificada o no. De igual modo que Sara me llenaba de inseguridad casi con cada cosa que hacía, porque tenía la sensación de que, al margen de lo que yo fuese, pensase o dijese, ella siempre resultaría más carismática por el mero hecho de ser una zorra.

Después de más de veinte minutos hundida en el sofá, observando cómo ellos se divertían sin mí, comencé a considerar la posibilidad de irme a casa. Me aburría lo indecible, me sentía bastante frustrada, y para colmo estaba completamente sobria, porque el alcohol no me sentaba muy bien y lo único que había bebido en toda la noche, de un modo casi infantil que a Sara le había hecho mucha gracia, había sido un batido de chocolate.

Justo cuando comenzaba a decidirme de verdad por la posibilidad de irme a casa, Sara y David se aproximaron.

—Nos vamos a casa de Ana —dijo ella.

Ana era una de las mejores amigas de Sara. Tenía unos cuantos años más que nosotras, y vivía en un cuchitril a escasas manzanas del local. Se había largado de viaje hacía aproximadamente una semana a un macrofestival que se celebraba fuera del país y que, por cierto, yo no entendía cómo se lo podía permitir, teniendo en cuenta que nunca la había visto trabajar. Sara, naturalmente, tenía llaves de su casa y disponía de ella como si fuese propia, y ahora que su legítima propietaria no estaba, más aún. Yo la escuché a duras penas entre el volumen ensordecedor de la música, y ni por un momento pensé que el plan me incluyera a mí. Parecía bastante obvio que después de tanto rato hablando de perversiones, se les había ocurrido marcharse de allí para comenzar a ponerlas en práctica.

—Ok —respondí.

—Te vienes, ¿no? —replicó ella.

Y vi cómo sus labios se curvaban en una sonrisa pícaro, y observé a David, unos pasos detrás de ella, con la mirada perdida a kilómetros de allí y de cualquier cosa situada en el mundo de la vigilia. Dije que sí. Dije que sí de un modo que ni tan siquiera me propuse, y por el que casi me maldije cuando comenzamos a subir los peldaños hacia el minúsculo piso de Ana.

El lugar no estaba ni muy ordenado ni muy limpio, y olía a una extraña mezcla de aromas que incluía hachís, alcohol e incienso. El salón consistía en un sofá desvencijado que Ana había recogido de la casa de sus abuelos cuando estos murieron, una lámpara de pared, multitud de candelabros repletos de velas llorosas y un colchón enorme tirado en el suelo, que Ana destinaba a sus múltiples (tanto en número como en participantes) encuentros sexuales. Al margen estaba su dormitorio, por supuesto, pero el colchón de su cama siempre le había resultado insuficiente, por eso precisaba del otro.

Sara sacó una botella de whisky rancio del frigorífico, y comenzó a darle tragos largos en compañía de David, tirados ella en el sofá y él en el colchón. Yo estaba sentada en un extremo del sofá, observándoles, callada porque no tenía nada que decir y porque ellos actuaban como si yo no estuviese allí. Y los ojos me escocían por el humo de la fiesta y por el sueño, y tenía realmente muchas ganas de irme a casa.

Más tarde, tal vez diez minutos después, o quizás media hora, porque ya casi había perdido la noción del tiempo, él se tumbó en el colchón y cerró los ojos, y ella se sentó a su lado y comenzó a acariciarle el cabello, largo y fino y encrespado a causa de los innumerables tintes de colores que había usado.

Él comenzó a ronronear como un enorme y perverso gato, y Sara levantó la mirada y buscó la mía, que los observaba en actitud estática y distante.

—Ven aquí —susurró, con una sonrisa extraña.

Yo me levanté, con movimientos lentos y un poco inseguros, y me senté en el colchón, al lado de los dos.

Y él abrió los ojos de pronto, como un vampiro al que le acaban de sacar de su letargo a base de estacazos en el corazón, y me miró muy fijamente, y esbozó una sonrisa igual de extraña que la de Sara, y se incorporó y se acercó a mí, y antes de que yo pudiese crearme una imagen mental de lo que iba a suceder, sus labios estaban ahí, sobre los míos, y en una fracción de segundo su lengua se había

abierto paso en mi boca y sus manos se habían aventurado una bajo mi falda y la otra al interior de mi escote. Abrí los ojos al tiempo que su beso se tornaba casi violento, y alcancé a ver de soslayo cómo Sara esbozaba una sonrisa depredadora, repleta de satisfacción.

Y David besaba condenadamente bien. Tan condenadamente bien que, apenas unos segundos más tarde, y a pesar del increíble asombro que me había causado el nuevo cariz que estaban tomando los acontecimientos, no pude hacer más que rendirme ante él, cerrar los ojos y abandonarme a las intensas oleadas de lujuria electrizante que su contacto me estaba provocando.

La mano que se había introducido en la oscuridad de debajo de mi falda se las arregló para burlar la liviana tela de mis bragas de encaje, y sus dedos acariciaron mi sexo al tiempo que éste comenzaba a humedecerse, por no decir empaparse. Y los dedos de la otra se introdujeron bajo mi sujetador y pellizaron el pezón de un modo dolorosamente sublime.

Mis manos, que habían permanecido quietas presas del asombro, cobraron vida de pronto, y comenzaron a explorar el cuerpo de David todo lo que la ropa que llevaba puesta me lo podía permitir. Y acaricié la piel lisa y suave de su delgado abdomen, y su pecho totalmente carente de vello, y sus pezones duros y pequeños, atravesados por aros de acero. Y su cabello encrespado, con tacto de plástico como el de las muñecas. Y su culo enfundado en los pantalones de vinilo, pequeño, tal vez demasiado huidizo.

Y en aquel momento noté cómo unas manos finas y pequeñas me asían por la cintura, desde atrás, y tiraban suavemente de mí. La boca de David se separó de la mía, sus dientes mordiendo mi labio inferior, y de pronto Sara estaba allí, frente a mí, con sus ojos de color verde, un verde oscuro y fangoso, y su nariz respingona salpicada de pecas, como la de una niña pequeña y lasciva. Y sus labios estuvieron sobre los míos antes de que pudiese siquiera asumir que David ya no estaba allí, que aquellos no eran sus labios. Siempre me había imaginado que besar a un chico o a una chica no tenía que suponer mucha diferencia, exceptuando que tal vez el beso femenino siempre resultaría menos agresivo. Sin embargo, los labios de David y de Sara eran parecidos, porque los de David poseían un marcado carácter femenino a pesar de su agresividad, y los de Sara poseían un marcado carácter agresivo a pesar de su feminidad.

Las manos de David continuaban sobre mi cuerpo, las notaba revolotear sobre mí, recorrer mi culo, mis muslos, tirar de mis bragas. Y sentía también las de Sara, acariciándome las tetas ya prácticamente descubiertas sobre el sujetador y esas livianas medias de rejilla que yo había transformado en indecente camiseta.

Yo gemía, gemía casi sin querer hacerlo, pero sin poder evitarlo. Porque aquella situación me en-

loquecía, y porque no era propio de mí, era todo aquello que yo nunca había hecho y que siempre había observado desde la distancia.

Y, en realidad, ni siquiera ahora podría explicar qué era exactamente lo que me mantenía tan lejos de ese tipo de prácticas. Como ya he dicho, me interesaba el sexo, no lo consideraba algo maligno ni sucio. Sin embargo, la misma inocencia idealista que me hacía soñar con un primer polvo a manos de un maravilloso caballero que me amase sobre todas las cosas hacía que, casi inconscientemente, me dedicase a censurar a Sara y a David respecto a su conducta.

Por supuesto que mi punto de vista era igual de respetable que el suyo. Pero ellos, de algún modo incomprensible, habían podido entrever en mí algo que decía que en realidad, en realidad, una parte de mí quería hacer lo mismo que ellos, aunque supiese que luego me torturaría, culpable, pensando que no había hecho lo correcto.

Y ahora ahí estaba yo, con dos pares de manos que acariciaban cada centímetro de mi cuerpo, luchando con la escasa ropa que se interponía en su propósito, con los labios de Sara mordiendo los míos, los labios de Sara que habían besado, mordido, a tanta gente. Y los de David ardiendo sobre mi cuello. Antes de poder darme cuenta, estaba tumbada en el colchón. Ahora era David de nuevo el que me besaba, su boca iba trazando un recorrido descendente comenzando desde mis labios; ahora recorrían mi cuello, ahora besaban mis pezones. Sara continuaba el sinuoso camino desde las tetas hacia abajo, y su lengua serpenteaba por mi ombligo y mi vientre, mientras sus manos hacían desaparecer del todo las bragas y la faldita que llevaba.

Para entonces, todo pensamiento racional había desaparecido de mi mente. Ya no me importó en absoluto la certeza de estar haciendo algo que era totalmente impropio de mí, el hecho de estar desnuda ante mis dos perversos amigos, la sospecha de que después de esto no podría volver a mirarlos del mismo modo. Ya nada importaba, porque yo me había convertido en un pequeño foco de placer palpitante, suave y ansioso, que tan sólo deseaba más y más. Y para cuando la boca de David ascendió de nuevo y llegó a mis labios, le besé con fuerza, casi con violencia, entrelazando mi lengua con la suya. Y le escuché ronronear y le así firmemente, clavando mis uñas cubiertas de esmalte negro en su pálida espalda, que ardía a pesar de su aspecto gélido.

Sara me abandonó momentáneamente para centrarse en David, y adiviné cómo tiraba de sus pantalones de vinilo, ya desabrochados, con la intención de librarse también de ellos. Él le facilitó el trabajo incorporándose un poco y quedando tumbado a mi lado, sin dejar de besarme del modo más cargado



de pecado que había conocido hasta el momento. Y abrí los ojos y vi a Sara acurrucada junto a David, que ya tenía los pantalones bajados y una erección enorme y palpitante al descubierto.

—Estás durísimo —oí que susurraba ella.

Él rió de un modo malicioso pero casi tímido al mismo tiempo. Sara le correspondió con una de sus sonrisas extrañas, y acto seguido acercó su boca a la polla de David, y comenzó a lamerle el glande con delicadeza. Él comenzó a gemir con más fuerza, al tiempo que sus dedos comenzaban a masajear mi clítoris de un modo insoportablemente intenso.

—Necesito empalar a alguien —susurró él.

Sara se apartó de él y le dedicó una mirada particularmente enigmática, que luego se posó sobre mis ojos.

—A ella no vas a empalarla —dijo, despacio, como una especie de sentencia terrible—. Recuerda que es virgen, y éste no es modo de perder la virginidad.

—Oooh, se me había pasado por alto —replicó él, jocoso, al tiempo que soltaba una risita burlesca.

Yo iba a protestar, estaba decidida a protestar, porque lo que más deseaba en aquellos momentos era sentir la polla de David clavándose en mi interior, y desgarrándome y haciéndome sangrar. Lo necesitaba más que cualquier otra cosa, mucho más que nada que hubiese deseado hasta el momento. Pero antes de poder abrir la boca y opinar sobre lo que al fin y al cabo era el plan que tenían preparado para mí, Sara estaba ahí, a un palmo de mí, y me tapaba la boca con una mano.

—Sshhh —siseó, como una serpiente—. No digas nada. Ahora estás enajenada, pero créeme, no queremos que hagas nada de lo que luego te arrepientas. No somos tan malos.

Y entonces me soltó, y yo guardé silencio, consciente de que mi poder de decisión había dejado de existir. Y Sara se apartó y se acurrucó entre mis piernas, y en un segundo sentí su lengua, húmeda, suave y caliente en mi hendidura palpitante, jugueteando con mi clítoris hinchado. David se colocó a mi lado y me ofreció su polla, dura como una roca y enrojecida de un modo que casi causaba un contraste obsceno con el resto de su cuerpo. Y me la introduje en la boca de inmediato, lamiéndola y acariciándola con mi lengua, con mis labios, al tiempo que él me asía de los cabellos, atrayéndome hacia sí, y gimiendo intensamente.

Ya no sentía nada más que placer, mi cuerpo se había convertido en el placer mismo, el mío y el que no lo era, me invadía el que ascendía en poderosas oleadas desde mi coño, al que Sara se había

entregado con dedicación, y al mismo tiempo el que yo le proporcionaba a David, haciéndole jadear y estremecerse. Ambos los sentía míos.

Él comenzó a moverse con inquietud y a asirme con más fuerza de los cabellos, y yo supe que iba a correrse. La sola idea de estar a punto de hacer que reventase de placer incrementó el mío, que ya de por sí estaba alcanzando cotas casi insoportables, hasta límites inimaginables, y antes de poder ser consciente de ello mi coño explotó en las violentas contracciones de un orgasmo intenso y prolongado.

Y en ese momento él profirió un gemido ronco, y su polla explotó y me llenó la boca de semen, semen cremoso, caliente, ácido. Él se apartó y terminó de correrse sobre mis labios, mi cuello, mis tetas.

Abrí los ojos y me encontré con la mirada turbia y un poco vidriosa de David, que me observaba con satisfacción, y con Sara, que hacía lo propio desde mi entrepierna, con los labios empapados de mi néctar.

Después de eso aún permanecemos un buen rato, no sabría decir cuánto tiempo exactamente, tendidos en el sofá, con actitud de animal salvaje en calma después de un gran festín. No hablamos, simplemente permanecemos ahí, con las yemas de nuestros dedos recorriendo la piel de los otros, provocándonos escalofríos.

Y finalmente, una hora o una eternidad más tarde, cuando ya había amanecido por completo y el fantasmagórico salón del cuchitril de Ana había dejado de ser tal, porque se encontraba inundado por la blanca luz del día, decidimos movernos, vestirnos y marcharnos de allí.

Salir a la calle fue como volver al mundo real después de un sueño denso y brumoso. La luz brillaba de un modo exagerado, y dañaba nuestros ojos de alimañas nocturnas como si hubiésemos permanecido en algún tipo de noche cerrada durante eones de tiempo. Ninguno de los tres tardó ni un minuto en protegerse de los rayos hostiles con gafas de sol (que a Sara le gustaba utilizar en ocasiones incluso de noche), y nos encaminamos a la parada de autobús más próxima para poder volver a casa.

Íbamos con las manos entrelazadas, como tres amorosos hermanos, y aún recuerdo las caras repletas de extrañeza (y casi siempre también de repulsa) que los transeúntes nos dirigían, y que a las diez de la mañana de un sábado eran básicamente señoras haciendo la compra y abuelos dando un paseo.

Y entonces pensé que aquel era el momento más bello que jamás había compartido con ninguno



de los dos. Por un momento, todo estuvo bien. Yo no tuve paranoias pensando que siempre era un cero a la izquierda. Sara no me pareció una zorra que trataba de camuflar sus ciertas carencias afectivas bajo una vida sexual hiperactiva. David no me pareció un chico flipado y autodestructivo que tomaba demasiados antidepresivos. Todo estuvo bien sencillamente como estaba. Y fui perfectamente consciente de que ese momento estaba condenado a desaparecer, a quebrarse como una fina copa de cristal estrellándose contra el suelo. Para tal vez no volver jamás.

Pero, entonces, ni siquiera eso tuvo la menor importancia.

# el adiestramiento de Julia

*libido máxima*

por Miguel Ángel Naharro



Se llamaba Julia y una venda le impedía ver donde se encontraba. Tenía las manos atadas por unas esposas por detrás de la espalda. El contacto del frío suelo con su piel desnuda le hizo estremecer. ¿Cómo había llegado a todo esto? Casi parecía que hubiese pasado toda una vida.

Recordaba exactamente como se encontraba agobiada y aburrida en la solitaria oficina donde trabajaba. Sus compañeros se habían ido y ella tenía que quedarse hasta que su horario se cumpliera, pese a que ya terminó su faena. Decidió curiosarse por Internet, hasta que sin saber muy bien como, acabó en una página de Chat. Se registró y fue buscando por las diferentes salas, hasta que casi sin quererlo acabó en una sala de dominación y sumisión. Nunca había conocido a nadie que practicara este tipo de tendencia sexual y le resultaba muy intrigante ese mundo. Le abrió una ventana una persona con el nick de Ama Lydia.

—Dime, ¿quieres experimentar un placer como jamás has imaginado?

Dudó durante un minuto y contestó que sí.

— Si es así, deberás obedecerme en todo lo que te diga. ¿Tienes WebCam?

Contestó afirmativamente.

—Dame tu dirección de messenger y conéctala.

Se la proporcionó y salió de la sala, conectándose al messenger y esperando que ella apareciera.

¿Qué estaba haciendo? Podría aparecer alguna persona en cualquier momento y sorprenderla.

Ese pensamiento le asustaba, pero a la vez, para su sorpresa, la excitaba en igual medida.

Se abrió la ventana del messenger y le ordenó con autoridad que se conectara la cámara.

Tragando saliva y con cierto temor, esperó a que se viera la imagen. Al otro lado había una mujer, tendría unos treinta y tantos años, con el cabello corto y rubio. Unos intensos ojos azules y unos labios carnosos. Llevaba una sencilla camiseta de tirantes de color azul claro.

—Enséñame los pechos, esclava.—Dijo con un tono en su voz que no admitía discusión.

Julia dudó. Y la mujer que respondía al nick de Ama Lydia pareció atravesarla con la mirada de sus hermosos ojos azules.

—Si tienes alguna duda, es mejor que lo dejemos... Si deseas seguir, será con mis reglas ¿entendido?

Respiró profundamente y después asintió. Empezó a desabrocharse la camisa, botón a botón, hasta dejar al descubierto el sujetador de color rojo que llevaba. Siguiendo sus indicaciones, se desabrochó el sujetador, acariciándose al mismo tiempo los pezones, que notaba por la excitante situación,

se estaban poniendo duros. Dejó libres sus pechos, que sin ser demasiado voluminosos, si eran muy apetitosos. Tras deleitarse la vista con los pechos de Julia, le ordenó que le enseñase su coño

Lanzando rápidamente una mirada a izquierda y derecha para asegurarse que seguía estando sola en la oficina, se bajo las pequeñas bragas y las tiró a un lado, subiéndose la falda y dejando al descubierto un coñito casi totalmente depilado, excepto una pequeña línea de vello negro. Julia abrió bien las piernas, exponiendo su sexo en todo su esplendor. La excitación había hecho que estuviese completamente húmeda.

—Tócate, imagina que son mis dedos y mi lengua los que recorren tu cuerpo...

Se mojó los dedos con su saliva y empezó a acariciar primero sus labios vaginales y luego de separarlos suavemente buscó su botoncito de placer y comenzó a frotarlo ligera pero repetidamente con cada uno de sus dedos. Se frotó con frenesí, cada movimiento sentía una descarga de sensaciones. Varios gemidos salían de su garganta, al tiempo que sus dedos se movían en su interior y con la otra mano se acariciaba los pezones. Estaba excitada como nunca antes, la humedad de su coño estaba empapando la silla donde estaba sentada. El morbo de ser vista por otra persona mientras se tocaba y el peligro de que la descubriesen en el trabajo, la ponía tan cachonda y caliente que parecía que tuviese fiebre del calor que subía por todo su cuerpo. Sin dejar de mirar a Ama Lydia, cuya mano había desaparecido en el interior de su falda y la otra mano se ocupaba de acariciarse uno de sus pechos, siguió masturbándose, arriba y abajo, arriba y abajo, arriba y abajo... Empiezo a suspirar y a gemir, el olor de su sudor se mezcló con el de sus flujos. Un grito indicó que estaba apunto de correrse. Su cuerpo casi se convulsionó y el éxtasis nubló todos sus sentidos.

Tras acabar, miró el reloj, y se dio cuenta de que la hora de salir había llegado finalmente. Empezó a vestirse con urgencia, cuando se dispuso a ponerse las bragas, ella le indicó que no lo hiciese.

—¿Qué? — dijo Julia con sorpresa.

—Mete las bragas en el bolso. Irás hasta tu casa sin ellas. Sintiéndote expuesta a las miradas de los demás, sabiendo que en cualquier momento puede quedar descubierto tu húmedo coño ante los transeúntes...

Sin creerse lo que estaba haciendo, Julia obedeció. La idea le volvió a hacer sentir un calor en su entrepierna.

—Dame tu número de teléfono. Si quieres seguir por el camino que has indicado, si no, nos despedimos en este momento y nunca más sabrás de mí...

De su boca salieron los números de su teléfono y Ama Lydia esbozó una sonrisa.

Por el camino se sintió excitada al notar la libertad de caminar sin llevar puestas las bragas, un ligero aire fresco se introducía por debajo de su falda, al sentirlo, en vez de sentir frío sentía calor, un calor que subía cada vez que algún hombre o mujer le miraba. ¿Sabrían que no llevaba ropa interior? Se sentía en parte sucia, pero por otra parte, se sentía mejor que nunca antes.

Tras llegar a casa estaba tan caliente que tuvo que masturbarse varias veces antes de irse a dormir.

El sonido del teléfono la despertó por la mañana. Era su día libre y no esperaba que nadie la llamase tan pronto.

—Buenos días, esclava.

Al sentir la voz de Ama Lydia, Julia sintió un estremecimiento al recordar la sesión de sexo a través de la cámara.

—Esta tarde te acercarás a la dirección que te daré. Llevarás sólo unos tacones y un abrigo largo. Debajo de él estarás totalmente desnuda....

Fue a quejarse ¿Cómo podía hacer semejante cosa?

—Aunque lo niegues, sé que eso es algo que te pone muy caliente. Lo harás.

Después de decirle esto colgó, sin darle derecho a replica. Julia se quedó mirando el auricular y exhaló aire. Tendría que estar volviéndose loca por escuchar a esa mujer que ni conocía... Pero algo en toda esta situación, lo nuevo y misterioso, lo excitante de dejarse llevar por sus más oscuros deseos, por sus ardientes pensamientos la ponía a cien por hora.

Estando frente a la puerta del apartamento donde le había dicho que fuese, Julia tuvo el pensamiento de salir corriendo y olvidarse de esta locura... Pero antes de que pudiese seguir o no esos pensamientos, la puerta se abrió.

Julia contuvo la respiración durante un segundo al contemplar la mujer que se hacía llamar Ama Lydia. Su voluptuoso cuerpo y sus insinuantes curvas dejaron sin aliento a la joven. Su atuendo era totalmente negro, de látex. Era irresistiblemente sexy, pese al látigo que se enroscaba en su mano. Eso le hizo retroceder un paso, pero cuando ella le indicó con un gesto que pasase no pudo resistirse a la orden y se adentró en el apartamento.

Una vez dentro, y tras deshacerse de su abrigo, Ama Lydia le ordenó que se arrodillase, ante la

duda en los ojos de Julia, esta movió su látigo en el suelo y esto hizo obedecer con rapidez. Una vez de rodillas, le tapó los ojos con una cinta blanca y le puso unas esposas.

—Quédate en esa posición hasta que vuelva. — Dijo Ama Lydia.

No sabía qué tiempo era el que llevaba allí, ni donde se había marchado. De pronto, notó una mano que acariciaba sus pechos y otra que se deslizaba entre sus muslos. Ama Lydia acercó sus labios a un pezón y depositó un suave beso en él. Luego hizo lo mismo con el otro. De nuevo sus yemas siguieron jugando con los pezones, pero sin previo aviso, estos dedos apretaron fuertemente los pezones haciendo gritar a Julia, Ama Lydia no aflojó y siguió retorciendo sus pezones. Julia se quejó y en respuesta una fusta le dio un golpe en sus nalgas.

—Si yo no te digo que puedes quejarte, permanecerás en silencio ¿de acuerdo?

Julia asintió al momento. Se sobresaltó un poco al sentir la lengua de Ama Lydia en la entrada de su ano. Julia era virgen por ese orificio y no estaba acostumbrada a que exploraran esa zona. La lengua se introdujo todo lo que podía en su culo, intentando con esto relajar el esfínter de Julia; éste no estaba muy abierto todavía, cuando la lengua de Ana fue sustituida por su dedo lleno de crema. La ama metía y sacaba este dedo. Julia emitía pequeños gemidos entre placer y dolor en cada entrada del dedo de Ama Lydia en su culo.

Ama Lydia seguía introduciéndole el dedo en el culo, pero además ahora con la otra mano comenzaba estimularle el clítoris, muy caliente ya. Luego le metió otro dedo en el culo para ensancharlo más. Cuando Ama Lydia consideró que ya estaba suficientemente excitada se retiró. Julia ansió que siguiese, deseando explorar estas nuevas sensaciones que se le estaban descubriendo. Sin que Julia pudiese verlo, Ama Lydia se ajustó un arnés que alrededor de la cintura dispuesta a penetrar a Julia.

Julia sintió cómo colocaba la punta del consolador en su esfínter y la penetraba un poco. Sara notó un poco de dolor. Ama Lydia empujó de nuevo, y esta vez un quejido salió de los labios de Julia. Volvió a meter un poco más el consolador sin sacarlo ni un centímetro, dejándolo donde estaba para que el esfínter se ensanchara.

Ama Lydia enterró todo el consolador en el culo de Julia y empezó a meterlo y sacarlo con movimientos pélvicos, primero poco a poco para después penetrarla del todo cada vez más rápido. No dejó de meter y sacar el consolador de su culo, haciendo que el dolor fuese desapareciendo y empezase a sentir placer a través de su ano. Disfrutaba como no lo había pensado nunca al ser sodomizada y al sentir como el consolador se deslizaba por su estrecho recto, haciendo que su coñito chorrease de



tanta excitación.

Poco después Julia emitió un largo gemido y se corrió, mojando el suelo con sus flujos.

Ama Lydia le quitó la venda y acercó su cara al suelo.

—Limpia lo que has manchado con tu lengua.

Julia sintió asco, pero obedeció, bajando su cabeza y lamiendo el suelo hasta dejarlo limpio de hasta la última gota de la humedad que aún goteaba en su coño.

Ama Lydia se acercó a su oído y le susurró algo.

—El juego acaba de comenzar, esclava.

Julia estaba más excitada y mojada que nunca. La experiencia de estar en casa de una desconocida, de estar completamente a su merced la ponía tan caliente que parecía que iba arder allí mismo. Ama Lydia le había ordenado quedarse quieta, mientras esperaba a que regresase de otra de las habitaciones del apartamento.

No pudo menos que mostrar sorpresa en su rostro al observar que no salía sola de la habitación. Tres hombres se arrastraban tras de ella, caminando a cuatro patas y sujetos por una cadena que acababa en un collar de cada uno de sus cuellos. Uno de ellos era más rechoncho y velludo, el segundo parecía más joven y delgado y el tercero era un hombre de más de cincuenta años, con una incipiente calvicie.

—Ahora vas a demostrarme que harás cualquier cosa que te pida, esclava. —Dijo Ama Lydia con una sonrisa divertida.- Ellos están aquí para usarte.

Julia mostró rechazo y la fusta voló, dándole con violencia en sus delicadas y deliciosas nalgas.

—Estas aquí para servirte, perra. Y serás usada por mi o por quien yo elija ¿entendido?

El temor a un nuevo golpe de la fusta le hizo asentir.

Con un gestó, hizo que los tres sumisos se incorporasen y Julia pudo ver que sus penes ya se encontraban en plena erección.

—Hazles una mamada a los tres. Quiero que no pares hasta que hayan expulsado hasta la última gota de semen. Tienen que gozar como nunca. No me hagas tener que castigarte si fallas...

Ama Lydia se sentó en un sofá para asistir a la prueba.

Julia se acercó al trío de hombres y empezó a acariciar sus miembros. Primero tímidamente, y después ya con más soltura.

Se agachó y se introdujo la polla del hombre mayor. Comenzó a pasarle la lengua por el glande,

moviendo su lengua con avidez. Sus manos la mantuvieron de rodillas, en posición de sumisión, con la cabeza hundida entre sus piernas. El hombre la agarraba del pelo, controlando la mamada, mientras ella tomaba los miembros de los otros dos en cada mano y los masturbaba.

Ama Lydia había empezado a acariciarse, deslizando sus dedos entre sus muslos, por los labios de su vagina, al tiempo que con su otra mano se tocaba uno de sus pechos, pasando sus dedos por su pezón erecto por la excitación. Se introdujo un dedo y empezó a moverlo dentro de ella.

Julia ya se había centrado en su tarea y pasaba de una polla a otra con soltura.

Dentro de la cabeza empezaba a entablarse una batalla... Por un lado se resistía o más bien debía resistirse a lo que le estaba sucediendo,... Por otro lado, sentía la excitación que producía estar haciéndoles una mamada a tres desconocidos frente a una mujer igualmente desconocida... la escena le parecía súper morbosa y se encendía cada vez más. Notaba como su coñito estaba completamente húmedo presa de la excitación.

Mientras Julia prácticamente engullía las pollas, su cadera se agitaba con violentos espasmos, como si se estuviese siendo penetrada por sus miembros. Al pensarlo un escalofrío de placer hizo palpar su coño y deseó que lo hicieran...

Ama Lydia seguía acariciándose, disfrutando del espectáculo que le estaba dando Julia y sus esclavos. Con la palma de su mano acariciaba toda la parte superior de su vagina moviéndola en círculos, con uno de sus dedos se acariciaba también en círculos su ano.

El más rechoncho le hizo acariciar sus huevos...

—Venga perrita, lámelos...- Dijo por detrás Ama Lydia entre gemidos.

El escuchar que ella se estaba masturbando con la escena le excitó más y obedeció sus órdenes y dejó que su lengua les recorriera enteros, mordisqueándolos y casi devorándolos. El hombre gimió. Luego agarró su cara y le hizo abrir los labios. Volvió a empujar metiéndole la polla entera en la boca. Entre jadeos movía su cadera empujando su miembro dentro de su boca como si le estuviera penetrando.

Cambia y se pone con el joven. Julia está de rodillas con su polla en su boca dándole una mamada increíble, como si le fuese la vida en ello. A la vez que aprieta sus huevos y se traga la polla con ansia. El joven le pellizca sus pezones y acaricia su cabello con una mano y sujeta su cabeza dándole el ritmo de la follada de su boca.

El joven gime con más fuerza, anunciando que va a correrse.

Un chorro de líquido blanco salió de su polla, cada espasmo iba acompañado de un chorro que llenaba a Julia. Tuvo que hacer auténticos esfuerzos para tragarlo y no ahogarse... Una de las veces, al retirarse se salió de su boca y uno de sus chorros salpicó su rostro. Rápidamente volvió a metérsela. Sintió resbalar el semen por su mandíbula mientras se la chupaba. Los otros dos se corrieron casi inmediatamente. Decidieron correrse sobre ella, y notó como todo su esperma caliente le llenaba la cara, lo sentía resbalando por el cuello, por sus mejillas, lo sentía en sus labios y sentía cómo seguía saliendo más y más. Notaba como tenía toda la cara cubierta de semen.

Se sorprendió al notar la presencia de Ama Lydia junto a ella. La besó y compartieron mediante húmedos besos el semen, pasándolo de una boca a otra de una manera sensual y excitante. Ama Lydia lamió el semen del rostro de Julia, limpiando hasta la última gota, casi relamiéndose.

Julia se sintió sucia, sucia y excitada al mismo tiempo. La presencia de Ama Lydia, el saberse usada de ese modo le hacía sentirse como una auténtica zorra en celo. Y estaba descubriendo que eso le gustaba y que era ya totalmente una feliz esclava de su Ama...

# vecinos

*libido máxima*

por Nuria C. Botey  
&  
Pablo Castro



Primavera. Las hojas de los árboles tiemblan de vez en cuando, acariciadas por la brisa intermitente. Una apacible mañana de domingo en el parque. Niños bulliciosos jugando alrededor de los columpios y los toboganes, pero también bancos en las veredas apartadas para las personas mayores, que prefieren minimizar el riesgo de recibir un balonazo o de ser atropellados por bicicletas y patines. El hombre zapatillas de deporte; pantalón de chándal, camiseta gris, jersey azul marino, gafas de montura metálica y gesto atribulado de cuarenta y pocos, no acaba de decidirse por un asiento, pese a haber dejado atrás varios bancos vacíos en el paseo. De pronto fija la vista cansada en un viejecito que parece enfrascado en contar granos de arena sentado entre sol y sombra, con las dos manos sobre la cachaba y un jersey de lana, sin abotonar, cubriéndole a medias la camisa y los tirantes.

—¿Puedo?—le interroga el hombre, señalando el hueco libre en el banco. El viejo le mira de reojo y asiente, con sonrisa boba.

Durante un raro instante de calma, sólo se escucha un jolgorio febril de pájaros. Un caminante sediento pulsa el grifo de la fuente cercana y el chapoteo del agua contra la rejilla del sumidero se superpone a los trinos. El hombre empieza a hablar.

—«¿Has visto, papá? Vamos a tener vecinos nuevos» —me dijo mi hija con su mejor sonrisa. ¡Vecinos! Quién me lo iba a decir a mí... Porque yo no me había dado cuenta de nada, claro. Yo sólo volvía de la oficina, cansado, hambriento y gris. Como de costumbre.

La verdad es que no vi al chico hasta el viernes, pero su presencia llevaba revoloteando a mi alrededor desde el lunes, cuando mis hijos empezaron a ponerme al corriente de las novedades de su mudanza.

Con esa maravillosa habilidad que tienen los niños para averiguarlo todo, cada día se las ingeniaban para descubrir detalles nuevos a la vuelta del colegio. Imagino que luego los compartían a toda prisa con su madre, a juzgar por la forma en que ella asentía con la cabeza cuando me ponían al corriente de los mismos durante la cena. Porque mi familia tenía montado un auténtico operativo de vigilancia sobre la puerta de enfrente.

El martes supe que los nuevos vecinos habían traído una tele enorme y una cama de matrimonio. El miércoles, que tenían un acuario con un castillo y dos esqueletos de plástico entre las algas. El jueves tuvimos disgusto, porque mis hijos descubrieron que no se trataba de una familia con niños, como ellos ya daban por sentado, sino que sólo había un chico serio entrando y saliendo del piso, de modo que sus planes para conocer a los nuevos vecinitos —con quienes ya habían pensado incluso

a qué jugar—se dieron de bruces contra la dura realidad. Ahora que no me oyen, reconozco que me alegré secretamente de su pequeña derrota porque supuse que así acabaríamos con el dichoso tema de la mudanza.

Como le he dicho, el viernes lo vi por primera vez.

El hombre hace una pequeña pausa y mira a su compañero de banco. Tiene ambas manos sobre el mango del bastón, y sonríe blandamente al vacío con los ojos entornados

—Era mediodía. Las dos y veinte, por si le interesa el dato. Para no variar, yo llegaba a casa con el tiempo justo para comer y salir pitando de nuevo hacia el trabajo. No se engañe, no soy el hombre más casero de este mundo. Lo normal, supongo. Pero desde que el médico me advirtió que las comidas industriales me estaban engordando la úlcera, decidí cambiar de hábitos. Ahora como un poco más deprisa, pero con mayor calidad. Y mi estómago lo agradece, de verdad que sí.

El caso es que volvía de trabajar con prisa, con hambre y con hastío después de toda la semana, dispuesto a coger fuerzas para soportar lo mejor posible las últimas horas de jornada... Cuando me encuentro el ascensor estropeado.

Jurando como un carretero y resoplando como su mula, subí las escaleras hasta mi quinto A, que es el último piso de casa en que vivimos. Ya casi había llegado —sin resuello, sudando por un esfuerzo al que no estaba acostumbrado y temiendo para mis adentros que me hablaran otra vez de la mudanza—cuando al doblar el último tramo de peldaños, justo antes de mi puerta, estuve a punto de darme de bruces con alguien que bajaba. Un hombre joven, casi seguro que menor de treinta, ojos oscuros, pelo corto y castaño.

Los dos retrocedimos un paso y nos miramos de frente.

—Perdón —murmuré.

El otro no dijo nada. Tampoco apartó la mirada. Sólo asintió de forma breve con la cabeza antes de reanudar su camino escaleras abajo con paso rápido.

Yo le seguí con la vista hasta que su cabeza se perdió tras el recodo de la escalera. Llevamos viviendo en esa casa desde que se construyó, conozco a todos los vecinos que viven por encima de nosotros... Y a ese chico no le había visto jamás.

Por lo tanto, durante la comida informé religiosamente a los míos del encontronazo con el nuevo vecino. Por primera vez, yo también tenía algo que contar sobre la mudanza.

—¿A que es un antipático, papá? —me interrogó mi hijo mayor.

—Hombre, tampoco era el mejor momento para ser simpático, Quique.

—Pero te tenía que pedir perdón, papá. Mamá siempre dice que hay que pedir perdón cuando se hace algo malo. ¿A que sí, mamá? —intervino mi hija.

—Claro que sí, Cristina. Hay que pedir perdón y dar las gracias —confirmó su madre.

—¿Lo ves, papá? Quique tiene razón, el vecino nuevo es un maleducado.

—No, no sabemos si es maleducado, Cris —le contradije— Yo fui el que casi se choca con él, y por eso yo le pedí perdón.

—Pues entonces tenía que dar las gracias —insistió ella.

—A lo mejor es un poco vergonzoso, mujer.

Mientras conducía de vuelta a la oficina, le estuve dando vueltas a la conversación. No tenía la menor importancia... Pero resulta que había defendido a aquel chico ante mis hijos. ¿Por qué? ¿Y si de verdad era un maleducado? Tampoco era nada del otro mundo. Bien pensado, mi pitufilla tenía algo de razón: podía haberme dado las gracias. Incluso aprovechar la ocasión para presentarse, ¿no? Sin embargo, yo había insistido en justificar su comportamiento ante los niños.

No es que fuera algo como para quitarme el sueño... Pero le había defendido.

Para desquitarme, el sábado llevé a toda la familia a pasar el día al campo. Mi culpable fuero interno lo disfrutó tanto como ellos.

Hasta que el domingo me volví a cruzar con el vecino nuevo en el portal.

Yo volvía de comprar el pan y el periódico, a última hora de la mañana y con las arrugas de las sábanas todavía incrustadas en la cara, como todos los días de fiesta. Y él tuvo que salir justo en el momento en que yo entraba, cegado por el contraste entre la luz del sol y la oscuridad del portal.

—Ah, buenos días —saludé con indiferencia al cuerpo que abría la puerta, incapaz de distinguir un solo rasgo de su cara.

—Hola.

Aquella respuesta me desconcertó. No es que hubiera nada de extraño en ella, pero me desconcertó. Quizá por su familiaridad en una situación tan impersonal... ¿O pudo ser el timbre de voz, ligeramente más socarrón de lo razonable?

Por supuesto, entonces sí que busqué el rostro de quien me devolvía el saludo.

El vecino del quinto B me miraba con la misma profundidad que el día del encontronazo en la escalera. De pronto me sentí muy incómodo, sin saber exactamente el por qué. Quizá por mi chándal

y mis playeras.

Un argumento razonable, salvo porque él iba en vaqueros y camiseta.

Sólo era un chico de veintitantos, con deportivas, vaqueros oscuros y camiseta promocional. Y sólo había sido un saludo como cualquier otro.

Entonces bajó la cabeza, cruzó el umbral de la puerta, pasó junto a mí y salió a la calle y cruzó de acera a la altura del kiosko. Ahí le perdí de vista.

Pasaron dos o tres días sin que volviéramos a coincidir. Y le juro que no pensé en él ni una sola vez durante ese tiempo. ¡Bastantes quebraderos de cabeza me da mi vida como para pensar en la de los demás!

El viejo levanta una mano de su cachaba y la mete en el bolsillo del pantalón para sacar un paquete de papel albal primorosamente doblado, que coloca sobre sus rodillas. El hombre guarda silencio mientras el viejo lo desenvuelve. Aparecen cuatro galletas maría, y tenue aroma a vainilla perfuma el aire durante una milésima de segundo. Sin mediar palabra, el viejo coge una con dos dedos y ofrece el resto a su interlocutor, que le imita.

Los dos mastican y tragan en silencio.

Cuando termina de comer, el hombre se sacude las migas del pantalón y continúa con su historia.

—El miércoles salí tarde de la oficina, casi a las nueve de la noche. Había sido un día especialmente duro. Entré en el portal soñando con quitarme los zapatos y la corbata, cuando vi que se cerraba la puerta del ascensor.

—¡Espere, espere, por favor! —grité a la persona que había dentro. Una mano interrumpió el mecanismo de cierre.

—Uff, muchas gracias —resoplé al entrar en la cabina.

La mano salvadora pertenecía a mi vecino. El nuevo, claro.

Aquel día llevaba vaqueros, jersey y una mochila negra al hombro, pero olía vagamente a colonia masculina e iba mejor peinado que el domingo anterior, así que supuse que él también volvía de trabajar. Quizá en una agencia de publicidad o en una empresa de artes gráficas, por decir algo.

El caso es que allí estábamos los dos, encerrados dentro del ascensor, subiendo cinco plantas de nada si la compañía es grata, pero que se hacen eternas cuando montas con un desconocido. A mí me costó levantar la vista del suelo. No es raro, cuando notas que el otro te está mirando sin ningún atisbo de discreción, con las manos en los bolsillos y media sonrisa en la boca.



Era una situación muy violenta.

El ascensor se detuvo en nuestro piso. Salí el primero, sin volver la cabeza.

—Hasta luego —dijo él con voz profunda.

—Adiós —contesté, envarado.

Mientras giraba la llave en la cerradura, oí la cadencia de sus pasos hasta llegar a la puerta de su nueva casa. Escuché cómo metía su llave en su cerradura, y el chasquido metálico del resbalón. Entré en la mía con el pulso acelerado.

Afortunadamente, mi familia no notó nada.

Esa noche tardé en coger el sueño, dándole vueltas en vano a todo lo que me inquietaba de aquel hombre. ¿Por qué me miraba así? ¿Y por qué me incomodaban tanto esas miradas? ¿Acaso había dicho o hecho algo más que justificase mi inquietud? “Hola”, “hasta luego”... Y pare usted de contar.

Me puse de vuelta y media para mis adentros y me obligué a dormir.

Durante la cena del viernes, mi mujer comentó que se había encontrado al vecino nuevo en el supermercado.

—¿Y te saludó, mamá? —preguntó mi hijo con curiosidad.

—Pues no, la verdad es que hizo como si no me viera. Es un poquito seco, el muchacho.

—¿Lo ves, papi, lo ves? Quique tiene razón, es un maleducado —se apresuró recordarme Cristina— ¡No saluda!

—Pues a mí sí que me saluda, fíjate... A lo mejor es porque yo le saludo primero, ¿no?

Después de aquella conversación vinieron unos días tranquilos. Quiero decir que no volví a encontrarme con el vecino hasta el martes de esta semana pasada. Eso sí, reconozco que durante esos cuatro días fui incapaz de quitarme de la cabeza su forma de mirarme.

El martes llamé al ascensor a las ocho y cuarto de la mañana. En ese momento oí cómo se abría la puerta del piso de enfrente. Escuché los giros de la llave para cerrar, los pasos por el pasillo. Él se detuvo a mi espalda. Olía intensamente a colonia para hombre.

—Gracias —susurró cuando abrí la puerta.

Nos colocamos en paralelo, mirando hacia delante. Hombro con hombro, pero sin llegar a rozarnos. Sin hablar. Sin mirarnos.

Él se bajó primero. Pero en lugar de marcharse, se quedó sujetando la puerta para mí. Mascullé un “gracias” entre dientes y eché a andar como un autómatas en dirección al portal.

—De nada. Y hasta luego.

Decidí no contarlo en casa. Era una chorrada... Pero preferí no hablar de ello.

Fue una sabia decisión.

El viejo coge otra galleta y mastica con detenimiento. Ahora tiene la vista fija en su compañero de banco.

—A partir de ese día, coincidimos a todas horas. Cuando yo llamo al ascensor desde el bajo, casi siempre es él quien se apea. Al ir la oficina, por la mañana o a mediodía, hacemos juntos el descenso. Siempre en silencio, intercambiando sólo las fórmulas de cortesía habituales.

Al principio me engañaba pensando que tenía el mismo horario laboral que yo, pero cuando también nos cruzamos al salir por la noche a tirar la basura, no me quedó más remedio que aceptar que me buscaba a propósito... Y entonces me asusté.

Demasiado tarde.

Ese viernes llegué a casa a las nueve y media de la noche. Abrí la puerta del ascensor... Y allí estaba ya él, al fondo de la cabina.

—Buenas —musité entre dientes, sin levantar la vista.

—Buenas noches.

Me coloqué enfrente de la puerta, dándole la espalda. El ascensor emprendió la subida hasta el quinto. Súbitamente, comprendí por qué me inquietaban tanto sus saludos. No era sólo la entonación profunda con que dejaba resbalar las palabras, ni tampoco la media sonrisa con que las acompañaba. Ni siquiera eran las miradas.

Había un elemento más de extrañeza; algo que ya había intuido la primera vez que nos encontramos en el portal, si bien entonces no fui capaz de descifrar: el tiempo. Cuando nos encontrábamos, por sistema el chico se tomaba un par de segundos más de lo normal antes de devolverme el saludo. Era como si... Como si tuviera pensado algo mucho más largo que decirme, pero por algún motivo desconocido, en el último momento optaba por reservárselo y salir del paso con una fórmula de cortesía. Y para hacer eso necesitaba tomarse unos segundos extra, claro.

Hubiera seguido dándole vueltas a mi descubrimiento, pero el ascensor alcanzó su destino y me di mucha prisa para entrar en mi casa.

Entre semana, mi mujer y yo solemos cenar después de acostar a los niños, a eso de las diez y media.

Pero los horarios se relajan de viernes a domingo. Los niños se quedan revoloteando por el salón, jogan-

do a la consola o viendo una película en la tele, y cenamos todos juntos.

Por eso aquel día estábamos todavía viendo la tele cuando llamaron a la puerta. Eran las once menos cuarto de la noche. Sonia y yo nos miramos por un instante.

—¿Quién será? —preguntó mi mujer en un susurro, arrugando la nariz mientras se levantaba del sofá, camino de la puerta

Un momento después, regresaba al salón con cara de desconcierto.

—Es el vecino de enfrente, el nuevo —murmuró—Dice que quiere hablar contigo sobre la comunidad —anunció, encogiéndose de hombros.

He olvidado contarle que fui presidente de la comunidad de vecinos hasta el año pasado. No era del todo raro que un vecino recién llegado viniese a verme por algo relacionado con el tema.

—Habrá hablado con la viuda de Gómez y le habrá dicho que sigo siendo el presidente. Está tan ida, esa mujer... —razoné mientras me dirigía hacia la puerta.

Según se entra desde la calle, lo primero que ve de mi casa es un distribuidor pequeño y un pasillo. A la derecha del pasillo está el salón, a la izquierda la cocina y el dormitorio de los niños. Junto al salón, el dormitorio de matrimonio, el baño y mi pequeño despachito, con mis carpetas de la contabilidad, el ordenador y todo eso.

Lógicamente, fue ahí donde decidí llevar al vecino, mientras Sonia y los niños se quedaban viendo la tele en el salón.

Porque quizá él viniera por error, pero yo no pensaba equivocarme. Había que aprovechar la coyuntura y poner las cosas en claro. Aquella persecución se iba a acabar de una vez por todas.

—Buenas noches —le saludé con sequedad. Él se tomó su habitual lapso de tiempo antes de contestarme, con su ya clásica media sonrisa en los labios.

—Buenas noches.

—Pase por aquí —me limité a decir, echando a andar hacia el fondo del pasillo.

Él me siguió sin hacer ruido, como un perro bien entrenado.

Le cedí el paso para entrar en el despacho. Se quedó de pie en mitad de la habitación, con los pulgares dentro de los bolsillos del pantalón, frente a mi escritorio. Yo cerré la puerta, avancé hasta colocarme delante de él y me apoyé en el borde de la mesa con gesto teatral.

Recuerdo que antes de hablar me masajé los ojos con dos dedos por debajo las gafas, con la intención de enfatizar lo harto que me tenía aquel asunto.

—Vamos a ver: ¿qué quieres? —le interrogué, sin levantar mucho la voz pero procurando resultar bien cortante.

—No te hagas el ingenuo a estas alturas.

—¿Cómo?

Pero no tuve tiempo para seguir preguntando.

Él recorrió la distancia que nos separaba con dos zancadas, me pasó el brazo izquierdo sobre los hombros, apoyó su mano en mi nuca mientras me rodeaba la cintura con el brazo libre y me besó en la boca.

No puedo explicarle por qué abrí los labios y dejé que su lengua entrara en mi boca, pero cuando quise darme cuenta estaba enredada con la mía.

Entonces apretó su abrazo hasta que su pecho entró en contacto directo con el mío. Podía sentir su respiración cada vez más acelerada, el calor de su cuerpo irradiando sobre mí.

Un intenso olor a colonia de hombre.

Una mano que se apartaba de mi espalda para desabrochar el botón de mis pantalones y jugar dentro de mis calzoncillos, mientras yo me estremecía con cada una de sus caricias.

Sin parar de besarme —chupándome la lengua, mordisqueándome despacio los labios— empezó a meneármela en serio, al tiempo que su erección crecía contra mi pierna. Tuve que apoyar bien el culo sobre la mesa y agarrarme a ella con las dos manos, ¿sabe?

Porque yo ya no podía dar marcha atrás.

Fue más o menos entonces cuando se interrumpieron los besos. Se separó un poco, me sonrió con los ojos brillantes, se arrodilló a mis pies... y se la llevó a la boca. Usted me entiende, ¿verdad?

El primer lengüetazo fue una descarga eléctrica que me recorrió la médula espinal de arriba abajo. Tuve que morderme los labios hasta casi hacerme sangre para no soltar un gemido.

Y pronto yo no veía nada más que su pelo moreno estrellándose rítmicamente contra mi bragueta, mientras los escalofríos de placer me sacudían por todas partes. Debía de habérsela metido hasta la garganta.

Un completo desconocido recién llegado al edificio, tal vez quince años más joven que yo, comiéndome la polla de rodillas sobre la alfombra de mi despacho como si fuera el último placer de su vida, mientras Sonia y los niños veían un clásico de Disney en la pantalla plana del salón... Sólo con pensarlo sentía cómo se me iba poniendo aún más dura. Y encima él ayudaba mucho.



Muchísimo.

No sabría decir cuánto tiempo me tuvo así, reprimiendo los gemidos y clavando las uñas en el escritorio, pero recuerdo claramente el momento en que sentí que no podía seguir aguantando la eyaculación. Por una fracción de segundo, recuperé la consciencia y me preocupé. ¿Qué planes tendría él? ¿Seguiría la faena como si nada hasta el final, o apartaría la boca en cuanto notara que me corría? No tenía forma humana de explicar a Sonia cómo había llegado una mancha de semen a la alfombra del despacho. Y mucho menos a mi ropa, desde luego.

Qué coño, lo último que yo quería en ese momento era correrme en un sitio distinto de su boca. Nunca he sido un hombre violento. Por eso apoyé con suavidad mi mano sobre su cabeza. Con suavidad, pero con firmeza. No podía permitir que se retirara. Sin restos. Sin huellas. Hasta el final.

El chico entendió enseguida el significado de mis dedos entre su pelo. Se agarró con una mano a mi pierna y con la otra se la empujó todavía un poco más dentro de la boca. Mi mano marcaba el ritmo de su cabeza.

Cerré los ojos. Respiré hondo. Me mordí los carrillos por dentro para no gemir. Apreté los dedos de la mano libre en el borde de mi escritorio hasta que las uñas se me pusieron rojas en el centro y blancas en la punta.

Me corrí.

Él se lo tragó.

De hecho, siguió chupando hasta que no quedó una sola gota de semen en mi polla. Adiós a cualquier mancha delatora.

Luego se limpió los labios con el dorso de la mano, me sonrió y se puso de pie. No había un papel de fumar entre su cuerpo y el mío.

Creí que iba a besarme de nuevo, pero hizo algo todavía mejor: se metió la mano en el bolsillo, sacó un juego de llaves y lo dejó en la mesa, junto a mis dedos doloridos. Entonces se dio media vuelta, abrió la puerta y salió al pasillo sin tomarse la molestia de esperar a que me vistiera.

Le oí despedirse de mi familia con un escueto “Buenas noches” mientras me abrochaba a toda prisa el pantalón, y luego el sonido de la puerta blindada al cerrarse.

Por supuesto, Sonia vino corriendo a interrogarme sobre la conversación, pero yo fui lo bastante rápido para encerrarme en el baño antes de que pudiera verme, y argumentar que me estaba cagando

mientras le explicaba al vecino las normas de uso de los tendederos de la terraza para que me dejara en paz.

En realidad, lo único que estaba haciendo dentro del baño era mirar una y otra vez las llaves del quinto B que tenía en mi mano.

Impasible, el viejo engulle poco a poco su última galleta maría con total parsimonia, rumiando como una vaca. Su compañero de banco deja escapar un suspiro. Empuja las gafas sobre el caballete de la nariz y clava la vista en el suelo.

—Si ha llevado usted la cuenta de las fechas, verá que hoy hace nueve días desde que él y yo... Bueno, ya me entiende, ¿no?

Por primera vez en toda la mañana, el viejo mira a los ojos a su interlocutor.

—Le entiendo —afirma, asintiendo con la cabeza —¿Y se han vuelto a ver?

El hombre entierra la cara en las manos, abatido.

—¿Usted qué cree?

El miércoles salí de casa con la hora justa para ir al trabajo, pero no me importó. No pensaba llegar hasta allí. En cambio, aparqué el coche en un descampado por detrás de nuestro edificio y esperé a que Sonia sacara el coche del garaje con los niños dentro, camino al colegio. Los dejaría allí antes de irse hacia el Ministerio donde trabaja. Como todos los días.

Y entonces yo regresaría a casa.

Me sentía como un niño haciendo pellas del colegio cuando llamé a mi jefe y le dije que estaba enfermo con gastroenteritis. Llevo años sin faltar al trabajo y me considera un buen empleado, así que me recomendó por activa y por pasiva que me tomara el día libre para recuperarme en condiciones. No insistí en hacer lo contrario.

La verdad es que me temblaban las manos y me caían goterones de sudor frío por la espalda cuando metí la llave en la cerradura del quinto B. Reconozco que incluso me sobresaltó el sonido del resbalón.

Su casa era casi simétrica a la mía, aunque un poco más pequeña, con sólo dos habitaciones. Aunque eso lo descubrí más tarde, claro.

De momento, lo único que me impresionó es que estaba bastante oscura. Por un momento temí que él no estuviera allí.

Pero me equivocaba, porque enseguida salió del cuarto donde nosotros tenemos la habitación de



matrimonio, descalzo y en pijama.

—Has venido... —susurró.

—Sí —dijo con un hilo de voz, cerrando la puerta.

—Me alegro. No estaba seguro de que lo fueras a hacer.

—Ni yo.

—Ven —dijo, haciendo un gesto con la cabeza en dirección al salón.

Por supuesto, le seguí. Como un perro bien entrenado.

—Siéntate —sugirió, mientras bajaba la persiana hasta dejar la habitación casi en penumbra.

Me senté. Él se sentó a mi lado, con las piernas cruzadas sobre el sofá. Tenía el pelo revuelto y una sombra de barba.

—Ni siquiera sé cómo te llamas —balbuceé.

—Víctor. Tengo treinta y un años. Aparento menos, lo sé. Soy licenciado en Biología. Técnica-mente en paro, aunque los fines de semana me saco algo de pasta poniendo copas en el bar de un amigo. Mis padres me pagan el piso —aclaró con una sonrisa.

Yo también sonreí.

El viejo acaba su galleta.

—¿Y luego? —interrumpe, mientras se limpia los dedos en un pañuelo arrugado que saca del bolsillo izquierdo del jersey.

—Luego me la volvió a comer. Y después follamos. Durante toda la mañana. A mediodía me fui a comer a casa y fingí volver a marcharme al trabajo... Pero me metí otra vez en su casa, claro.

—Claro —asiente el viejo.

—Y ya sé cómo me las arreglaré mañana para salir antes de la oficina y pasar la tarde con él.

El viejo rasca el suelo con el taco de goma de su cachaba y sacude la cabeza de un lado para otro despacio, con aire meditabundo.

—Pues... a mí no me la ha comido nunca un tío —reconoce, desgranando las palabras.





KOMIXMASTER

ALBIS EBOOKS